

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

Año CXLI - N° 1

Enero - Marzo 2013

Edita

Obispado de Lugo

Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

Depósito Legal

LU 8 - 1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

- 7 | La vida consagrada, signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo
- 10 | A vida consagrada, signo vivo da presenza de Cristo resucitado no mundo
- 13 | No hay igualdad sin justicia
- 16 | Non hai igualdade sen xustiza
- 19 | Comunicado do Bispo de Lugo ante a noticia da renuncia do Papa Benedito XVI
- 20 | Presentación del Centro de Orientación Familiar diocesano (COF)
- 22 | Prólogo de la Semana Santa
- 23 | Prólogo da Semana Santa
- 24 | Las Cofradías, impulsoras y dinamizadoras de la fe

Secretaría General

- 35 | Ordenaciones
- 35 | Nombramientos
- 35 | Defunciones

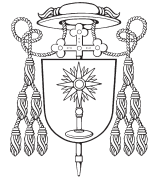
Información Diocesana

- 36 | Disposiciones que se han de recordar
- 44 | Axenda do Bispo
- 48 | Noticias varias
- 54 | Necrológicas

Santa Sede

- 61 | Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la
cuaresma 2013
- 67 | Benedicto XVI renuncia al ministerio de Obispo de Roma
- 69 | Nuevo Romano Pontífice
- 74 | Audiencia a todos los cardenales
- 78 | Audiencia a los periodistas
- 81 | Audiencia al Cuerpo Diplomático
- 84 | Celebración del Domingo de Ramos
- 88 | Santa Misa Crismal
- 92 | Santa Misa «in coena Domini»
- 93 | Vigilia Pascual

Iglesia Diocesana



- La vida consagrada, signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo
- A vida consagrada, signo vivo da presenza de Cristo resucitado no mundo
- No hay igualdad sin justicia
- Non hai igualdade sen xustiza
- Comunicado do Bispo de Lugo ante a noticia da renuncia do Papa Benedito XVI
- Presentación del Centro de Orientación Familiar diocesano (COF)
- Prólogo de la Semana Santa
- Prólogo da Semana Santa
- Las Cofradías, impulsoras y dinamizadoras de la fe
- Ordenaciones
- Nombramientos
- Defunciones
- Disposiciones que se han de recordar
- Axenda do Bispo
- Noticias varias
- Necrológicas

LA VIDA CONSAGRADA, SIGNO VIVO DE LA PRESENCIA DE CRISTO RESUCITADO EN EL MUNDO

Jornada mundial de la vida consagrada

En este *Año de la fe*, nuestro Papa Benedicto XVI ha convocado de nuevo la *Jornada Mundial de la Vida consagrada*, bajo el lema «signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo».

Ciertamente, la fe es posible sólo gracias a una presencia, la de Aquel a quien el hombre confía su vida y su destino de modo consciente y libre.

Y éste sólo puede ser Dios mismo, y un Dios a quien se ame. Ya que el hombre no podría poner el bien precioso de su libertad y de su destino en manos de nadie más, sin negar la propia dignidad. Sólo Dios puede iluminar las profundidades del corazón, salvar desde el interior nuestra libertad, llamarnos a un destino personal, a una vocación cuyo horizonte es el mundo –su salvación.

Y este Dios se ha hecho presente en Jesucristo, de modo que fuese posible oírlo, verlo, tenerlo como hermano. En Jesús se reveló el Padre y su amor por nosotros, su voluntad de vencer nuestra muerte y llevar nuestra humanidad a la gloria de la resurrección. Gracias a Jesucristo hemos aprendido a creer de nuevo en Dios. Por Él hemos conocido el Amor del Padre; de modo que, como dice Pablo, vivimos en este mundo, pero ya «en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20).

Todos los creyentes en Cristo estamos llamados a ser con nuestra propia vida signo de su presencia en medio del mundo, y nuestra comunión en la fe y el amor –la Iglesia, por tanto– es el signo por excelencia de su obra en la historia.

Dentro de esta comunión eclesial, la vida consagrada tiene como vocación especial, por su parte, hacer de la propia existencia un testimonio público de amor a Cristo y ser de este modo signo visible de su presencia.

En efecto, el creyente es signo siempre con la propia humanidad, con la propia vida y libertad. Es la fe activa, la entrega confiada al amor conocido y reconocido de Dios, la comunión vivida con el Señor, lo que hace expresivo y comprensible el signo. Mientras que, como bien sabemos, nuestro pecado lo desfigura y oscurece.

Por ello, el testimonio primero que ofrece la vida consagrada es el de la entrega plena del corazón, hecha de modo público con los propios votos, que luego se expresará de diferentes maneras en diversas misiones. Así, por su medio, nuestro Señor nos llama a todos a vivir con radicalidad nuestra fe, la vocación propia de cada uno; y constituye, al mismo tiempo, un signo vivo de su presencia resucitada en el mundo.

Sólo así, ante el testimonio plenamente humano de una vida y un amor nuevos, podrán creer los hombres de nuestro tiempo.

De ahí la importancia de la fidelidad de los institutos de vida consagrada a su vocación. Para ello, siempre será lo más decisivo vivir en la comunión con el Señor resucitado. Sentir y comprender la propia vocación dentro de la única Iglesia, universal y particular, será esencial, por tanto, para la permanencia viva del signo que es la vida consagrada.

Del mismo modo, nada podrá sustituir la propia y personal relación de entrega confiada y amorosa al Señor Jesús, la propia fe en Cristo resucitado y así en el Dios Trinidad, que es Amor. Esta es la raíz viva, plantada por el Espíritu en medio de la Iglesia y del mundo, el tesoro escondido por el que conviene sacrificar todo lo demás. De aquí brota la mirada y el corazón nuevos, capaces de discernir los signos de los tiempos, de ver y de compartir las necesidades del hermano.

Se comprende así, en particular, el testimonio de la vida contemplativa, que nos habla de la urgencia de mantener despierta la fe y el amor del corazón, y de la primacía de nuestro Señor, en cuyas manos está siempre toda gracia y todo don verdadero, en quien confiamos para nuestra salvación y la del mundo.

Pidamos, pues, todos unos por otros en esta *Jornada*, y especialmente por los miembros de las diferentes formas de vida consagrada presentes en nuestra Diócesis. Como todos los años, lo haremos especialmente en la celebración que tendrá lugar el próximo día dos de febrero, a las 17h., en nuestra Catedral Basílica de Santa María.

Que Ella, la Santísima Virgen de los Ojos Grandes, consagrada plena y totalmente a su Hijo hasta su último aliento, sea nuestro ejemplo y también nuestro amparo.

Que su intercesión maternal nos consiga que el «sí» de nuestro corazón se renueve siempre en la verdad y la sencillez, para saber vivir realmente en la fe en Jesucristo su Hijo, que nos amó y se entregó por nosotros, y ser signo creíble de su presencia resucitada en medio del mundo.

Lugo, 28 de enero de 2013

+ Alfonso, obispo de
Lugo

A VIDA CONSAGRADA, SIGNO VIVO DA PRESENZA DE CRISTO RESUCITADO NO MUNDO

Xornada mundial da vida consagrada

Neste Ano da fe, o noso Papa Benedito XVI convocou de novo a *Xornada Mundial da Vida consagrada*, baixo o lema «signo vivo da presenza de Cristo resucitado no mundo».

Certamente, a fe é posible só grazas a unha presenza, a de Aquel a quen o home confía a súa vida e o seu destino de modo consciente e libre.

E este só pode ser Deus mesmo, e un Deus a quen se ame. Xa que o home non podería poñer o ben precioso da súa liberdade e do seu destino en mans de ninguén máis, sen negar a propia dignidade. Só Deus pode iluminar as profundidades do corazón, salvar dende o interior a nosa liberdade, chamarnos a un destino persoal, a unha vocación cuxo horizonte é o mundo –a súa salvación.

E este Deus fíxose presente en Xesucristo, de modo que fose posible oílo, velo, telo como irmán. En Xesús revelouose o Pai e o seu amor por nós, a súa vontade de vencer a nosa morte e levar a nosa humanidade á gloria da resurrección. Grazas a Xesucristo aprendemos a crer de novo en Deus. Por Él coñecemos o Amor do Pai; de modo que, como di Pablo, vivimos neste mundo, pero xa «na fe do Fillo de Deus, que me amou e se entregou por min» (Ga 2,20).

Todos os crentes en Cristo estamos chamados a ser coa nosa propia vida signo da súa presenza no medio do mundo, e a nosa comunión na fe e o amor –a Igrexa, polo tanto– é o signo por excelencia da súa obra na historia.

Dentro desta comunión eclesial, a vida consagrada ten como vocación especial, pola súa parte, facer da propia existencia un testemuño público de amor a Cristo e ser deste modo signo visible da súa presenza.

En efecto, o crente é signo sempre coa propia humanidade, coa propia vida e liberdade. É a fe activa, a entrega confiada ao amor coñecido e recoñecido de Deus, a comunión vivida co Señor, o que fai expresivo e comprensible o signo. Mentres que, como ben sabemos, o noso pecado desfigúrao e escuréceo.

Por iso, o testemuño primeiro que ofrece a vida consagrada é o da entrega plena do corazón, feita de modo público cos propios votos, que logo se expresará de diferentes maneiras en diversas misións. Así, polo seu medio, o noso Señor chámamos a todos a vivir con radicalidade a nosa fe, a vocación propia de cada un; e constitúe, ao mesmo tempo, un signo vivo da súa presenza resucitada no mundo.

Só así, ante o testemuño plenamente humano dunha vida e un amor novos, poderán crer os homes do noso tempo.

De aí a importancia da fidelidade dos institutos de vida consagrada a súa vocación. Para iso, sempre será o máis decisivo vivir na comunión co Señor resucitado. Sentir e comprender a propia vocación dentro da única Igrexa, universal e particular, será esencial, polo tanto, para a permanencia viva do signo que é a vida consagrada.

Do mesmo modo, nada poderá substituír a propia e persoal relación de entrega confiada e amorosa ao Señor Xesús, a propia fe en Cristo resucitado e así no Deus Trindade, que é Amor. Esta é a raíz viva, plantada polo Espírito no medio da Igrexa e do mundo, o tesouro escondido polo que convén sacrificar todo o demais. De aquí brota a mirada e o corazón novos, capaces de discernir os signos dos tempos, de ver e de compartir as necesidades do irmán.

Compréndese así, en particular, o testemuño da vida contemplativa, que nos fala da urxencia de manter esperta a fe e o amor do corazón, e da primacía do noso Señor, en cuxas mans está sempre toda graza e todo don verdadeiro, en quen confiamos para a nosa salvación e a do mundo.

Pidamos, pois, todos uns por outros nesta *Xornada*, e especialmente polos membros das diferentes formas de vida consagrada presentes na nosa Diocese. Como todos os anos, farémolo especialmente na celebración que terá lugar o próximo día dous de febreiro, ás 17 h., na nosa Catedral Basílica de Santa María.

Que Ella, a Santísima Virxe dos Ollos Grandes, consagrada plena e totalmente ao seu Fillo ata o seu último alento, sexa o noso exemplo e tamén o noso amparo.

Que a súa intercesión maternal nos consiga que o «si» do noso corazón se renove sempre na verdade e a sinxeleza, para saber vivir realmente na fe en Xesucristo o seu Fillo, que nos amou e se entregou por nós, e ser signo crible da súa presenza resucitada no medio do mundo.

Lugo, 28 de xaneiro de 2013

+ *Alfonso*, *bispo de*
Lugo

NO HAY IGUALDAD SIN JUSTICIA

Ante la LIV campaña de Manos Unidas

Queridos hermanos,

el lema escogido este año por la LIV campaña de «Manos unidas», *no hay igualdad sin justicia*, centra nuestra atención en las raíces profundas que son causa del hambre y de la injusticia en nuestras sociedades. En términos semejantes hablaba el concilio Vaticano II –cuyo cincuentenario celebramos–, expresando solemnemente nuestra fe ante el mundo: «los desequilibrios que sufre el mundo moderno están relacionados con aquel otro desequilibrio más fundamental que tiene sus raíces en el corazón del hombre» (GS 10).

La profundidad de estos desequilibrios se manifiesta en que no afectan sólo a estructuras económicas o políticas, sino incluso a las relaciones más fundamentales e íntimas, constitutivas de la vida de cada uno, como son las del hombre con la mujer y, por tanto, al amor esponsal, a la familia, la paternidad y la maternidad, al sentido de la filiación y de la fraternidad, etc.

En efecto, «Dios no creó al hombre solo: pues desde el principio *los creó hombre y mujer* (Gen 1,27). Esta asociación constituye la primer forma de comunión entre personas. Ya que el hombre es, por su naturaleza íntima, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás» (GS 12).

El hombre y la mujer, en la diferencia de su ser propio, gozan pues de la misma dignidad y del mismo derecho a que sus bienes fundamentales sean respetados. Entre ellos conviene destacar, con respecto a la mujer, la libertad ante el varón y en la determinación de la propia vida, la dignidad de su posición en la familia, el acceso libre a la propiedad de los bienes y, en primer lugar, a la educación.

Costumbres ancestrales o tradiciones culturales no pueden oponerse a la igualdad fundamental en dignidad y derechos que está enraizada en la misma creación de Dios. Y, de hecho, las injusticias en estos ámbitos determinantes del ser persona redundan en desequilibrios y daños también para los varones, las familias y el crecimiento económico y cultural de toda la sociedad. La lucha contra la pobreza encuentra en estas discriminaciones también un obstáculo formidable.

Entre los derechos propios de la mujer, que deben ser defendidos –y que, en realidad, afectan luego a todos– están aquellos referidos a bienes específicamente suyos, como puede ser, por ejemplo, la maternidad en todos sus aspectos.

Este bien inmenso sufre en muchos lugares por las dificultades a llevar a cabo la gestación y el parto en condiciones dignas; y, por desgracia, también por la lucha de grupos interesados en la introducción del aborto en las sociedades, como si destruir esta dimensión materna de la mujer, introduciendo un principio de muerte en lo más íntimo de su existencia, fuese un crecimiento en la libertad. A ello se añaden campañas inaceptables de esterilización de mujeres y poblaciones, movidas por intereses que no coinciden para nada con el bien de quienes las sufren. Se entra así en contradicción con las conciencias de las personas y con las culturas mismas, sin respeto alguno, mostrando de nuevo cómo las injusticias en este ámbito fundamental afectan a todo el ser personal y social del hombre.

Todas estas son también formas de ejercicio de un poder social que no respeta a la mujer como tal, ni la ayuda realmente, sino que la usa al servicio de la propia estrategia cultural y económica. Lo cual puede decirse igualmente de la imposición de una «ideología de género», que no reconoce la realidad diferenciada del hombre y la mujer, su vocación al amor mutuo y el significado esencial de su comunión personal para la vida de toda la sociedad.

Vencer los desequilibrios del corazón –ya en esta primera forma de relación, la del hombre y la mujer– y negarse al pecado, saber discernir la verdad y amar la justicia, es decir, amar al prójimo como el Señor nos ha amado, es posible gracias a la fe, que acoge la luz de la Palabra de Dios, y a la gracia, que hace posible amar también en el esfuerzo y el sacrificio.

Este es el testimonio que nos ofrece públicamente la campaña de «Manos unidas», mostrando los desafíos que la pobreza, la injusticia y la desigualdad siguen planteando en nuestro mundo.

Somos ayudados así a comprender mejor la urgencia de vivir nuestra fe –en este *Año de la fe*– con inteligencia y con deseos de renovar nuestras conciencias y nuestros comportamientos a su luz.

Que la Santísima Virgen María, la mujer que nos ha representado a todos con su palabra ante Dios Padre, la que ha sido madre del Hijo unigénito de Dios, hermano y salvador nuestro, la que ha permanecido virgen, sin mancha de pecado, libre y llena de gracia en su corazón, interceda por la labor de *Manos unidas*, por todas las mujeres que sufren la injusticia y la pobreza, y por todos nosotros, llamados a ser testigos en el mundo de la dignidad de toda persona, y del amor y la comunión verdaderas.

Lugo, 4 de febrero de 2013

+ Alfonso, obispo de
Lugo

NON HAI IGUALDADE SEN XUSTIZA

Ante a LIV campaña de Mans Unidas

Queridos irmáns,

o lema escollido este ano pola LIV campaña de «Mans unidas», *non hai igualdade sen xustiza*, centra a nosa atención nas raíces profundas que son causa da fame e da inxustiza nas nosas sociedades. En termos semellantes falaba o concilio Vaticano II –cuxo cincuentenario celebramos–, expresando solemnemente a nosa fe ante o mundo: «os desequilibrios que sofre o mundo moderno están relacionados con aquel outro desequilibrio máis fundamental que ten as súas raíces no corazón do home» (GS 10).

A profundidade destes desequilibrios maniféstase en que non afectan só a estruturas económicas ou políticas, senón incluso ás relacións máis fundamentais e íntimas, constitutivas da vida de cada un, como son as do home coa muller e, polo tanto, ao amor esponsal, á familia, a paternidade e a maternidade, ao sentido da filiación e da fraternidade, etc.

En efecto, «Deus non creou ao home só: pois dende o principio *os creou home e muller* (Xén 1,27). Esta asociación constitúe a primeira forma de comunión entre persoas. Xa que o home é, pola súa natureza íntima, un ser social, e non pode vivir nin desprezar as súas calidades sen relacionarse cos demais» (GS 12).

O home e a muller, na diferenza do seu ser propio, gozan pois da mesma dignidade e do mesmo dereito a que os seus bens fundamentais sexan respectados. Entre eles convén destacar, con respecto á muller, a liberdade ante o varón e na determinación da propia vida, a dignidade da súa posición na familia, o acceso libre á propiedade dos bens e, en primeiro lugar, á educación.

Costumes ancestrais ou tradicións culturais non poden opoñerse á igualdade fundamental en dignidade e dereitos que está enraizada na

mesma creación de Deus. E, de feito, as inxustizas nestes ámbitos determinantes de ser persoa redundan en desequilibrios e danos tamén para os varóns, as familias e o crecemento económico e cultural de toda a sociedade. A loita contra a pobreza encontra nestas discriminacións tamén un obstáculo formidable.

Entre os dereitos propios da muller, que deben ser defendidos –e que, en realidade, afectan logo a todos– están aqueles referidos a bens especificamente seus, como pode ser, por exemplo, a maternidade en todos os seus aspectos.

Este ben inmenso sofre en moitos lugares polas dificultades a levar a cabo a xestación e o parto en condicións dignas; e, por desgraza, tamén pola loita de grupos interesados na introdución do aborto nas sociedades, coma se destruír esta dimensión materna da muller, introducindo un principio de morte no máis íntimo da súa existencia, fose un crecemento na liberdade. A iso engádense campañas inaceptables de esterilización de mulleres e poboacións, movidas por intereses que non coinciden para nada co ben dos que as sofren. Éntrase así en contradición coas consciencias das persoas e coas culturas mesmas, sen respecto ningún, mostrando de novo como as inxustizas neste ámbito fundamental afectan a todo o ser persoal e social do home.

Todas estas son tamén formas de exercicio dun poder social que non respecta á muller como tal, nin a axuda realmente, senón que a usa ao servizo da propia estratexia cultural e económica. O cal pode dicirse igualmente da imposición dunha «ideoloxía de xénero», que non recoñece a realidade diferenciada do home e a muller, a súa vocación ao amor mutuo e o significado esencial da súa comunión persoal para a vida de toda a sociedade.

Vencer os desequilibrios do corazón –xa nesta primeira forma de relación, a do home e a muller– e negarse ao pecado, saber discernir a verdade e amar a xustiza, é dicir, amar aos demais como o Señor nos amou, é posible grazas á fe, que acolle a luz da Palabra de Deus, e á graza, que fai posible amar tamén no esforzo e o sacrificio.

Este é o testemuño que nos ofrece publicamente a campaña de «Mans unidas», mostrando os desafíos que a pobreza, a inxustiza e a desigualdade seguen formulando no noso mundo.

Somos axudados así a comprender mellor a urxencia de vivir a nosa fe –neste *Ano da fe*– con intelixencia e con desexos de renovar as nosas conciencias e os nosos comportamentos á súa luz.

Que a Santísima Virxe María, a muller que nos representou a todos coa súa palabra ante Deus Pai, a que foi nai do Fillo unixénito de Deus, irmán e salvador noso, a que permaneceu virxe, sen mancha de pecado, libre e chea de graza no seu corazón, interceda polo labor de *Mans unidas*, por todas as mulleres que sofren a inxustiza e a pobreza, e por todos nós, chamados a ser testemuñas no mundo da dignidade de toda persoa, e do amor e a comunión verdadeiras.

Lugo, 4 de febreiro de 2013

+ Alfonso, bispo de
Lugo

COMUNICADO DO BISPO DE LUGO ANTE A NOTICIA DA RENUNCIA DO PAPA BENEDITO XVI

Como Igrexa en Lugo, asistimos conmovidos ao xesto do noso pastor, o Papa Benedito XVI. Con plena conciencia e liberdade, pon a súa vida e o seu destino en mans do Señor Xesucristo, gastándoa ao servizo da Igrexa.

Neste momento singular, queremos afirmar nosa permanente unidade co Sucesor de Pedro no exercicio do seu ministerio, e tamén concretamente nesta decisión da súa renuncia, que acollemos con obediencia filial. E desexamos expresar o noso profundo agradecemento á súa persoa, a Benedito XVI, polas moitas riquezas que recibimos pola súa man do noso Señor.

Como Papa, cumpriu a súa misión de manternos unidos na fe e na comunión nestes anos non sempre fáciles, e foi para nós, coas súas obras e as súas palabras, presenza do Bo Pastor. El forma xa parte para sempre da nosa historia, e damos grazas a Deus por el.

Pedimos ao Pai que este sacrificio final seu sexa para el, para o noso Papa Benedito XVI, seguimento e comunión coa entrega de Cristo na cruz, e participe da súa fecundidade, para a vida da Igrexa e a salvación dos homes.

Acompañemos todos á súa persoa coa oración nestes momentos, confiando á vez ao noso Señor a elección do seu Sucesor na sede de Pedro.

+ Alfonso, bispo de Lugo

PRESENTACIÓN DEL CENTRO DE ORIENTACIÓN FAMILIAR DIOCESANO (COF)

«Hemos creído en el amor»
(1 Jn 4, 16)

Con el *Centro de Orientación Familiar (COF)* Diocesano, la Iglesia en Lugo pone a disposición de las familias que lo deseen una ayuda integral y profesional, abierta a todas las dimensiones del ser humano, también las espirituales.

A través de este *Centro*, la Iglesia busca ofrecer una ayuda concreta a quienes anhelan vivir más plenamente su vocación matrimonial y familiar, ayudándoles a permanecer fieles al bien que han recibido y que les llevó a decir: «Hemos creído en el amor» (1 Jn 4,16).

Busca también poder generar un espacio en el que las personas que viven dificultades familiares o personales se sientan acogidas y miradas con misericordia, ofreciéndoles no sólo una ayuda profesional, sino también una esperanza que vaya más allá de sus limitaciones y circunstancias.

En un momento en el que todo es cuestionado, en el que incluso las relaciones personales más importantes parecen frágiles y en el que el mismo Amor es puesto en duda, la Iglesia de Lugo desea ofrecer a través del COF Diocesano una ayuda para que sea posible el amor en la verdad:

«La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El amor es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. (...)

Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano.

Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros.» (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 1)

Con el deseo de que este proyecto pueda enriquecer la vida de muchas personas y fortalecer los lazos de muchas familias, lo encomendamos a las oraciones de todos los miembros de la comunidad diocesana y, especialmente, a la intercesión de Santa María, la Virgen de los Ojos Grandes, Madre de Dios y Madre nuestra.

Lugo, febrero de 2013

+ Alfonso, obispo de Lugo

PRÓLOGO DE LA SEMANA SANTA

Las Hermandades o Cofradías de Semana Santa brotan de un especial sentido de la fe del pueblo cristiano, que mira con devoción grande el misterio de la redención cumplido por nuestro Señor en la Cruz.

En los padecimientos, en la paciencia infinita, en los sacrificios cumplidos por nosotros hasta el final, ven los fieles la grandeza incalculable del amor de Cristo por nosotros, visible y conmovedora –sobre todo para quien se sabe parte del mundo pecador y causa de sufrimientos.

Comprender el amor de Dios es posible contemplando a Jesús Crucificado y Resucitado. Y entonces podemos creer verdaderamente en Dios, también en nuestro mundo y en nuestra época.

La fe en Cristo, propia de una Cofradía auténtica, enseña al mismo tiempo, cuál es la dureza del pecado, la frialdad del desamor en el hombre, que han de ser vencidas para que la vida cambie, para que el hombre, su corazón y su alma, se salven. El hermano cofrade sabe muy bien y testimonia con su presencia pública que la fe en Dios, que nos ha amado entregando a su Hijo por nosotros, ilumina y cambia la vida profundamente.

Este es el testimonio más importante que estas Hermandades dan en la actualidad, el que deben cuidar por encima de todo, su contribución más específica: la fe y el amor verdadero por Aquel a quien llevan en su paso. Y así encontrarán las Cofradías la razón permanente de su vida y de su unidad.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

PRÓLOGO DA SEMANA SANTA

As Irmandades ou Confrarías de Semana Santa brotan dun especial sentido da fe do pobo cristián, que mira con devoción grande o misterio da redención cumprido polo noso Señor na Cruz.

Nos padecementos, na paciencia infinita, nos sacrificios cumpridos por nós ata o final, ven os fieis a grandeza incalculable do amor de Cristo por nós, visible e conmovedora –sobre todo para quen se sabe parte do mundo pecador e causa de sufrimentos.

Comprender o amor de Deus é posible contemplando a Xesús Crucificado e Resucitado. E entón podemos crer verdadeiramente en Deus, tamén no noso mundo e na nosa época.

A fe en Cristo, propia dunha Confraría auténtica, ensina ao mesmo tempo, cal é a dureza do pecado, a frialdade do desamor no home, que han de ser vencidas para que a vida cambie, para que o home, o seu corazón e a súa alma, se salven. O irmán confrade sabe moi ben e testemuña coa súa presenza pública que a fe en Deus, que nos amou entregando ao seu Fillo por nós, ilumina e cambia a vida profundamente.

Este é o testemuño máis importante que estas Irmandades dan na actualidade, o que deben coidar por riba de todo, a súa contribución máis específica: a fe e o amor verdadeiro por Aquel a quen levan no seu paso. E así encontrarán as Confrarías a razón permanente da súa vida e da súa unidade.

+ ΑΥΠΩ, *hijo de
dijo*

LAS COFRADÍAS, IMPULSORAS Y DINAMIZADORAS DE LA FE

En la tradición de la Iglesia existe una gran pluralidad de cofradías, de realidades asociativas denominadas «hermandades», «fraternidades», definidas por diversas formas de promover la vida cristiana y la misión de la Iglesia.

Hoy día también existen diferentes cofradías en nuestras Diócesis, en honor de la Virgen María —son frecuentes las del Carmen— o de los Santos, cofradías sacramentales —en honor de la Santísima Eucaristía— o de Ánimas, etc.; aunque las más conocidas y las que gozan de mayor participación son sin duda las de Semana Santa o de Pasión, que incluyen a veces también ya alguna Cofradía de Resurrección.

La reflexión tomará como punto de partida estas «cofradías de Semana Santa»; aunque pueda aplicarse, *mutatis mutandis*, a otras hermandades y cofradías.

Introducción

Las Cofradías son «asociaciones públicas de fieles», es decir una realidad eclesial, de naturaleza asociativa. Los miembros son, pues, fieles cristianos y, por tanto, mayoritariamente laicos. Su estructura jurídica es asociativa, no constituyendo en sí mismas una institución jerárquica, y se gobiernan por sus propios estatutos, que han de ser aprobados por la correspondiente autoridad eclesiástica¹.

Comparten con todas las formas de asociación en la Iglesia la búsqueda de la perfección cristiana de sus miembros, así como la promoción y la participación en la vida y misión de la Iglesia. Cada asociación,

¹ Cf. L. MARTÍNEZ SISTACH, *Las asociaciones de fieles*, Barcelona 1986; *Le associazioni nella Chiesa* (a cura dell'Associazione canonistica italiana), Città del Vaticano 1999.

e igualmente cada Cofradía, se define luego por algún aspecto de esta vida de la Iglesia, a cuyo cuidado o realización se siente especialmente llamada.

Toda asociación canónica surge, por supuesto, de la voluntad libre de sus miembros; pero implica también siempre una llamada, una particular gracia de Dios, que hace nacer en diferentes momentos históricos estas variadas formas de vida y comunión eclesial para bien de los fieles y de la misión de la Iglesia. Las iniciativas asociativas de los fieles —y las Cofradías— han de ser consideradas, por tanto, como una contribución importante para la realización del ser cristiano en cada momento, queridas por la Providencia divina.

Pues la vida de estas asociaciones es expresión de la naturaleza comunitaria misma de la Iglesia, y en concreto, de la dinámica de vida en el Espíritu propia de todos los fieles, aunque sus formas históricas sean siempre contingentes².

De ello habla la misma palabra «cofradía», que significa al final «fraternidad», «hermandad», y muestra así la novedad profunda de estas realidades asociativas, que no son expresión de las dinámicas sociales civiles, sino que implican, manifiestan y están al servicio de la peculiar realidad de fraternidad que es la Iglesia fundada por Cristo: «porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos»³.

Se corresponde pues con la naturaleza más íntima de las Cofradías el *dejarse interpelar precisamente por la situación actual de la vida y de la misión de la Iglesia* en nuestro mundo. Esto significa hoy, en concreto, acoger la enseñanza y las indicaciones de nuestro Papa Benedicto XVI en su convocatoria de un «Año de la fe».

Benedicto XVI parte de una constatación sobre nuestra sociedad: no existe ya un tejido social hecho de valores cristianos, que hasta hace poco se daba por descontado. Es necesaria una «nueva evangelización» en nuestras tierras, porque la fe ha perdido fuerza en nuestras vidas e incluso resulta muchas veces desconocida en sus contenidos esenciales. Los fieles cristianos mismos tendemos a vivirla privadamente, sin la alegría y

2 Cf. *Das Konsoziative Element in der Kirche* (hrsg. von W. AYMANS - K.-Th. GERINGER - H. SCHMITZ), St. Ottilien 1989; E. CORECCO, *Ius et Communio II*, Lugano 1997, 222-245

3 Mt 23,9; cf. Mc 3,31-35

la audacia propias del creer en Jesucristo, sin mucha capacidad de comunicación⁴.

En esta situación histórica, participando de la marcha de la Iglesia en estos momentos, ¿qué pueden significar más específicamente las cofradías, qué pueden aportar?

Las Cofradías de Semana Santa o de Pasión, que tomamos aquí como analogado principal, han podido ser descritas a partir de tres factores: 1) son una asociación de fieles; 2) para contemplar la Pasión y Muerte de Cristo; 3) y participar públicamente en este misterio mediante algún gesto de penitencia pública, llevada a cabo durante la procesión o «estación de penitencia»⁵.

1. Las Cofradías son una asociación de fieles

Conviene considerar, en primer lugar, la significación de la dimensión asociativa como tal de las Cofradías para la vida de fe de los cofrades; pues el bien de sus miembros es siempre finalidad primera de toda asociación de fieles.

Los frutos de esta vida asociativa son de dos géneros: los derivados de asumir así el propio ser cristiano con un gesto personal y libre; y los provenientes del fin y de la actividad específica de la asociación, en este caso la devoción viva por el misterio de la Pasión redentora de Cristo.

Así pues, ser miembro de una Cofradía significa en primer lugar una forma concreta de participación en la vida de la Iglesia. Establece un vínculo que reafirma la propia relación con la Iglesia, y ello es en sí mismo un bien. Pues el ser cristiano no puede quedarse en lo abstracto, sino que necesita formas de realización, relaciones vividas, experimentables. Esto es de particular valor en el momento presente, en que la relación del fiel con la Iglesia como «pueblo de Dios» concreto y visible, como comunidad viva, no puede ya darse por descontada. De modo que la salvaguardia por las Cofradías de su identidad más propia, cristiana y eclesial, es ya un servicio primordial para la fe de sus miembros.

4 BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Porta fidei*, 2011

5 Cf. JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO, *Orígenes y evolución de las Hermandades y Cofradías*, www.hermandades-de-sevilla.org

Esta dimensión eclesial primera de las Cofradías se ha expresado también en su preocupación por la vida espiritual, e incluso temporal, de sus cofrades. Esto ha significado, por ejemplo, el interés en que los participantes en las «estaciones de penitencia» se confiesen y comulguen, en la visita a los hermanos enfermos, en que reciban los últimos sacramentos, con frecuencia en la existencia de sufragios por los miembros difuntos; e incluso en el auxilio en especiales necesidades de naturaleza más temporal. Esta dimensión de caridad y solidaridad, de atención a los necesitados, ha podido tener gran importancia en la historia de algunas hermandades⁶.

Al mismo tiempo es verdad, sin embargo, que las Cofradías no se identifican con el todo de la Iglesia ni de la vida cristiana de los fieles.

Esto se hace evidente por lo específico de su devoción que, aunque quiera introducir a lo esencial de la figura de Cristo, no abarca todo el misterio de la fe. Por ello, el cofrade –y las Hermandades– en la misma medida en que cumple su fin propio, es introducido a la plenitud de la vida de la Iglesia, a sentirse parte viva del único Pueblo de Dios, fundado por Cristo el Señor.

Las dimensiones fundamentales de la vida del cristiano serán, pues, también propias de todo cofrade. Todos estamos llamados a crecer en la fe, a conocer y comprender mejor sus afirmaciones e implicaciones; a vivir de la gracia de los sacramentos, desde el bautismo a la confesión y a la Eucaristía, desde el matrimonio a la unción de enfermos; y, por tanto, a vivir y caminar en la comunión de la Iglesia, unidos a sus pastores legítimos, participando de su dinamismo más propio que es la caridad.

La Cofradía no será el lugar en que todos estos elementos, y otros más, hayan de ser vividos por el fiel; lo es la Iglesia, universal y particular, las Diócesis y las parroquias⁷. Pero toda «Hermandad», porque ayuda a insertarse conscientemente en el Pueblo de Dios, será una invitación permanente a participar personalmente de la vida eclesial en plenitud.

Por ello, las Cofradías están llamadas a guardar conciencia clara de su identidad creyente y eclesial, y a permanecer y amar la comunión de la Iglesia; y los pastores de la Iglesia, comunidades parroquiales y diocesa-

6 Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Confederación de Cofradías de las diócesis de Italia*, 10-11-2007

7 Cf. MANUEL SÁNCHEZ MONGE, *Carta pastoral Las Cofradías y hermandades penitenciales en el tercer milenio*, Ferrol 2009

nas, están llamados a apreciar, acoger y promover estas formas particulares de vida asociativa como instrumentos providenciales para facilitar la experiencia de la fe en unas circunstancias concretas.

El esfuerzo por guardar sana esta relación, en las dificultades de cada día, puede servir para evitar errores, corregir defectos y preservar siempre la prioridad de lo esencial, tanto en los Cofrades como en las relaciones del pastor con los propios fieles.

Pero las Cofradías hacen también una aportación específica a la vida y la comunicación de la fe, cada una según su propia peculiaridad.

2. Contemplar la Pasión y Muerte de Cristo

Las Cofradías de Semana Santa, que nos sirven aquí de paradigma, brotan de un especial sentido de la fe del pueblo cristiano, que mira con devoción grande el misterio de la redención cumplido por nuestro Señor en la Cruz.

Son realidades del segundo milenio, enraizadas en la Edad Media y desarrolladas sobre todo a partir del siglo XVI. Tienen en común con la fe de los primeros siglos la defensa de la figura de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; pero responden a las preguntas modernas, agudas tras la Reforma del siglo XVI: ¿dónde encuentro a un Dios misericordioso? ¿quién es Jesucristo para mí? ¿cuál es su victoria sobre el mal?

La sensibilidad por la Encarnación, manifestada en la contemplación de todos los aspectos del camino que hace humanamente el Señor Jesús por nuestra redención, está en el centro de la fe cofrade. En los padecimientos, en la paciencia infinita, en los sacrificios cumplidos por nosotros hasta el final, ven los fieles la grandeza incalculable del amor de Cristo por nosotros, comprensible, visible y conmovedora –sobre todo para quien se sabe parte del mundo pecador y causa de sufrimientos.

Es propio de las Cofradías el orgullo por este gesto de amor y de entrega del Señor, que se contempla en los pasos y que nos honra para siempre.

Ver y sentir de nuevo el drama de la pasión y de nuestra salvación en sus manifestaciones principales, percibidas en toda la densidad de la experiencia humana –de dolor y de amor inmenso– del Hijo de Dios, es una verdadera salvaguarda de la fe del fiel cofrade.

Las argumentaciones abstractas, las reducciones del cristianismo a mera doctrina o a una suma de deberes morales, palidecen ante la percepción de la experiencia de la cruz, que Jesucristo nos salva sufriendo por nosotros, ofreciendo a los hombres el perdón de sus injusticias, mentiras y dureza de corazón.

Esta es quizá la aportación más específica e importante que hacen también hoy las Cofradías: guardar viva en el centro de la devoción y de la fe la figura histórica de Jesucristo, su humanidad, el significado de su misión, el contraste inmenso con un mundo que lo condenó a muerte, con el desamor y el pecado que fue y sigue siendo causa de este drama redentor.

La fe adquiere así un realismo extraordinario, tanto en referencia al Dios en quien creemos, al que confesamos hecho hombre y Salvador; como con respecto al mundo y al hombre, al fiel cristiano, que se reconoce pecador, llamado al cambio, a la penitencia y al amor verdadero, es decir a la conversión.

En nuestra época es especialmente relevante seguir afirmando la fe en Jesucristo, es decir, percibiendo el significado de su humanidad, en la que Dios se revela y nos salva. Pues existen multitud de presentaciones de su figura que, con la excusa del conocimiento histórico, interpretan a Jesús al final como un hombre más en la historia del mundo. El Concilio Vaticano II respondió ya a estas formas modernas de pensamiento –desarrolladas sobre todo al hilo del racionalismo y de filosofías e ideologías de los siglos XIX y XX–, mostrando cómo en Jesús tiene lugar la comunicación de sí definitiva que Dios hace a los hombres, manifestada sobre todo en la obra de la Pasión⁸. No obstante, la lucha por la comprensión de la persona histórica de Jesús sigue muy viva en nuestra sociedad, ya no sólo en los debates científicos, sino también con los grandes medios actuales de comunicación.

En este contexto, se comprende la actualidad plena de la vocación cofrade y el servicio que puede prestar a la salvaguardia y a la comunicación de la fe en Jesucristo. Este es, por otra parte, el camino adecuado para poder conservar la fe en Dios, tan puesta en cuestión y tan expulsada de la

8 Cf., por ej., DV 2-4; GS 21-22

vida en nuestro tiempo. Hoy día, en efecto, es convicción de muchos que Dios no existe y, en todo caso, que no cambiaría nada la vida.

Comprender el amor de Dios es posible contemplando al Crucificado y Resucitado. Y ello hace posible creer verdaderamente en Dios, sabiendo que no cuestiona, sino que crea y defiende la libertad de cada uno, llamándonos a la tarea de la vida, a la dignidad del amor. La fe en Cristo, propia de una Cofradía auténtica, enseña al mismo tiempo, cuál es la dureza del pecado, la frialdad del desamor en el hombre, la tendencia hacia la muerte, que han de ser vencidas para que la vida cambie, para que el hombre, su corazón y su alma, se salven. El hermano cofrade sabe muy bien y testimonia con su presencia pública que la fe en Dios, que nos ha amado así, ilumina y cambia la vida profundamente.

Este es, pues, el testimonio de fe que las Cofradías dan en la actualidad, el que deben cuidar por encima de todo, su contribución más específica: la fe y el amor verdadero por Aquel a quien llevan en su paso. Y así encontrarán las Cofradías la razón permanente de su vida y de su unidad.

Guardar esta fe, esta devoción y este amor, es tarea primera de la Cofradía. Ello implicará hoy día saber discernir y rechazar aquellas presentaciones de Jesús que no hacen justicia a lo que las cofradías veneran: que no lo reconocen como Hijo de Dios, que no valoran su humanidad adecuadamente, el tesoro de sus padecimientos, de su entrega y de su amor, con el que nos redimió y nos redime también hoy, pues tiene valor eterno, como atestiguó el Padre resucitándolo de entre los muertos.

Guardar esta fe viva en medio del Pueblo de Dios, no permitiendo que nada la aleje de estas dimensiones esenciales de nuestro Credo, es una gran contribución que pueden hacer hoy las Cofradías.

3. Dimensión penitencial

Como ha sucedido desde el inicio de la Iglesia, muchos pretenden también hoy interpretar a Jesucristo de modo ajeno al Evangelio, aún conservando a veces las formas de hablar cristianas.

Pues, sin duda, la historia de la pasión, la condena, los padecimientos y la muerte en cruz de Jesús, han desvelado para siempre la indiferencia,

la dureza de corazón, el pecado de los hombres, el rechazo del mundo. Relativizar la figura de Jesús sirve para adormecer también la propia conciencia, para ocultar de nuevo y olvidar cuáles son las actitudes profundas de nuestro mundo, y las nuestras propias.

Por eso, las Cofradías tienen una dimensión penitencial intrínseca. Es decir, ayudan al cofrade a reconocer qué precio ha pagado por nosotros el amor del Señor y, así, a reconocer y quebrar la propia dureza de corazón, a aceptar aquella penitencia con la que pedir la conversión, la gracia y el favor de Dios, que nos viene del Crucificado.

La «estación de penitencia» es, pues, una llamada a la conversión, que hace el cofrade con la propia persona y que los demás pueden percibir. Hemos de vivir así los actos centrales de cada cofradía, sus procesiones; y aceptar, por tanto, los trabajos y sacrificios que implican, físicos, pero también espirituales. Pues la preparación íntima es lo que da sentido al trabajo externo, es decir la meditación del misterio que se proclama, la oración, el sacramento de la reconciliación, etc.

Esta dimensión de la Cofradía es también particularmente importante en el mundo de hoy, que está muy necesitado de Dios –aunque no lo reconozca–, y que está al mismo tiempo muy necesitado de cambios profundos, de conversión –lo que sí reconoce, aunque muchas veces no sepa cómo hacerlo.

Por eso, ser miembro de la Cofradía lleva intrínseca una seriedad de la persona, que comprende que la propia vida, y el mundo todo, necesita la renovación de conciencias y corazones, que nada puede sustituir la responsabilidad y la capacidad de acción y sacrificio de las personas, y que estas decisiones se toman en lo íntimo de la libertad, ante Dios, y son hechas posibles por el amor y la gracia de Cristo.

De la necesidad del cambio y de la conversión, de la posibilidad de renovar la vida gracias al Redentor, hablan las Cofradías; y al mismo tiempo, de lo insustituible que Dios ha querido que sea nuestra libertad, nuestra presencia en el mundo como hombres y mujeres de corazón firme, asentado en la roca del Evangelio.

El testimonio de la penitencia –la procesión u otro gesto– está llamado, pues, a convertirse en testimonio de vida renovada. Esta vida es la obra de una conciencia purificada en el perdón del Señor y que se guía ya

por su Palabra; es obra que se manifiesta como justicia y fraternidad, y que se hace perceptible especialmente como caridad.

Será propio de la Cofradía, por tanto, ser espacio de reflexión, de meditación y formación, que ayude a vivir las dimensiones del ser cofrade de modo consciente y libre. Será propia la fraternidad de los miembros y la permanencia en la vida de la Iglesia. Y será propia la caridad, en que se expresa tanto la fe como la conversión, el cambio y la penitencia.

La caridad alentará todas las relaciones, permitiendo salvaguardar siempre la justicia y responder a las necesidades verdaderas del prójimo.

La caridad es, en realidad, el verdadero desafío de la vida, al que nuestro Señor nos hace posible responder. Y es el signo más visible de la verdad de nuestra fe, de nuestra penitencia, del cambio acontecido en el corazón.

4. El testimonio público

Las Cofradías representan, en fin, una forma de presencia pública de la Iglesia, un testimonio de la fe en medio de nuestras calles, dado en un modo creíble también en nuestro mundo de hoy.

Se han hecho muchas objeciones a este testimonio, quizá también porque contradice una cierta mentalidad dominante, para la que la fe cristiana debe reducirse a lo privado, no salir de las sacristías. Porque contradiría lo propio de una sociedad adulta, regida por la sola razón.

Así se ha hecho escándalo de la falta de coherencia en la vida de los cofrades. Aunque no sea cierto que su incoherencia sea una negación de la fe de las personas, la credibilidad y la fuerza del testimonio de las Cofradías, el significado profundo de su existencia y de su presencia en las calles queda muy debilitado cuando es contradicho luego por la vida cotidiana. La pertenencia a una Cofradía es siempre una llamada y debe ser, al mismo tiempo, una ayuda a cada hermano para que sepa conformar su vida con lo que profesa.

Se ha pretendido igualmente acallar la propuesta que las Cofradías hacen con su presencia pública, reduciéndolas a expresión puramente «cultural», en el fondo a su riqueza artística y folklórica –haciendo espectáculo incluso de la devoción–, a su importancia para el atractivo y la promoción de las ciudades.

Y, en la medida en que aúnan a mucha gente y despiertan muchos sentimientos, se ha pretendido a veces también utilizarlas para intereses ajenos, de promoción pública e incluso directamente política.

En todo ello, se subraya algún aspecto real, pero silenciando el significado profundo que da sentido a todos, y que habla del Señor, a quien se procesiona, de la fe, la conversión y la penitencia, de la Iglesia⁹.

Cuando, en realidad, las Cofradías son ante todo la expresión libre de un pueblo, que cree sencillamente, pero con pasión, y que manifiesta con franqueza, sin miedo y con naturalidad sus creencias. En este sentido, como expresión del ser «pueblo» de la Iglesia, son una realidad profundamente democrática, correspondiente con nuestra sociedad libre y nuestro Estado aconfesional. Porque son manifestación de una concreta identidad personal y social, que forma parte de nuestra sociedad. La cultura, la tradición, la piedad popular, aparecen así, del modo más verdadero, como expresión de la vida de un pueblo, que es parte constitutiva de nuestra sociedad y resulta esencial para entenderla.

El testimonio público dado por las Cofradías es, pues, totalmente legítimo, e incluso saludable para una verdadera vida democrática.

Y es muy importante para la fe y la Iglesia. Pues la procesión, sus pasos y sus cofrades, anuncian de modo visible, sensible y claro a nuestro Señor Jesucristo y su obra de salvación. No imponen nada, pero proponen y hacen posible a todos contemplar la figura del Señor, el drama de la redención y, al mismo tiempo, la realidad presente de un pueblo que cree en Él.

Poder encontrarse con un pueblo que vive hoy cristianamente, cierto de su fe y que desea proponerla a todos, es sin duda fundamental para toda obra de evangelización. Por ello, las Cofradías, vividas auténticamente, cuidando los pasos y los gestos en todo su significado, están llamadas a ser instrumento importante de la nueva evangelización, precisamente como realidad de pueblo y como manifestación de su fe esencial en el Señor.

Pues las Cofradías, al final, quieren honrar al Señor, al que denominan de mil maneras, llenas de sensibilidad y de afecto, cuyas imágenes llevan en el corazón y quieren poner ante los ojos de todos.

9 Cf., por ej., JUAN PABLO II, *Discurso en el Santuario de Nuestra Señora del Rocío*, 14-06-1993

El cuidado de los pasos y de las imágenes forma parte también de las tareas que cumplen las diferentes Hermandades. No sólo porque tienen un valor cultural muy grande, sino también porque son el fruto de una profunda vida de fe, que las ha hecho surgir y que sigue dando sentido a su cuidado y a su procesionar.

También en las imágenes se ha de evitar la reducción a puro objeto de patrimonio histórico artístico, o, peor, a mero espectáculo; porque el pueblo que las ha querido y les ha dado su sentido más hondo, sigue presente y sigue haciendo de los pasos y de sus procesiones un lugar extraordinario de vida, de fraternidad y de fe cristiana.

Y éste es un testimonio que necesitamos todos hoy más que nunca, creyentes y no creyentes, para mantener despierta y firme la esperanza.

+ Alfonso, obispo de
Lugo

SECRETARÍA GENERAL

ORDENACIONES

En la Santa iglesia Catedral Basílica, Mons. Alfonso Carrasco Rouco confirió el Orden del presbiterado a

D. Alberto Riádigos García y
D. Daniel Gil González

NOMBRAMIENTOS

- 01/03/13 D. José Antonio Salgado Agromartín
Administrador Parroquial de San Remigio de Bazar, San Pedro de Calde y Santa Eulalia de Esperante
- 05/03/13 D. José Manuel Penela Campos
Vicecanciller de la Curia
- 22/03/13 D. José Lebón Sánchez
Administrador Parroquial de Santa María Magdalena de Adai y San Miguel de Orbazai

DEFUNCIONES

- 12/01/13 D. Manuel Penado Núñez, jubilado
- 11/02/13 D. Guillermo Méndez Rodríguez, párroco
(Sagrado Corazón de Jesús de Lugo)
- 26/02/13 D. Ricardo Valcarcel Lemos, jubilado
- 21/03/13 D. Manuel Blanco Cortizo, Canónigo - jubilado

VICARÍA GENERAL

DISPOSICIONES QUE SE HAN DE RECORDAR

Se insertan en este primer número del año, algunas de las normas canónicas y disposiciones diocesanas que puede interesar a cualquier sacerdote tener al alcance de su mano.

BAUTISMO.- «Como norma general, el adulto debe bautizarse en la iglesia parroquial propia, y el niño en la iglesia parroquial de los padres, a no ser que una causa justa aconseje otra cosa» (C. 857, 2). En tal caso obsérvese cuidadosamente lo dispuesto en la diócesis (B.O.O. 1981, págs. 151 y ss.).

Para bautizar lícitamente a un niño se requiere: 1) que den su consentimiento los padres o al menos uno de los dos, o quienes legítimamente hacen sus veces; 2) que haya esperanza fundada de que el niño va a ser educado en la religión católica; si falta por completo esa esperanza, debe diferirse el bautismo, haciendo saber la razón a sus padres (C. 868). En cuanto a la anotación del bautismo de hijo de madre soltera o adoptivo, véase el canon 877,2. Nunca se hará referencia a la legitimidad o ilegitimidad del hijo.

Los padres tienen el derecho y el deber de recibir la ayuda necesaria para conocer y asumir sus responsabilidades al pedir el bautismo para sus hijos (Cf. Ritual del Bautismo, 15).

Ha de valorarse cristianamente la función de los padrinos ilustrándolos convenientemente sobre la misión que se disponen a asumir. El C.I.C. determina las cualidades necesarias para que alguien pueda ser admitido como padrino (c. 874).

CONFIRMACION.- Ténganse en cuenta las orientaciones diocesanas para la preparación y celebración de este Sacramento (cfr. B.O.O., 2010, págs. 296-297). Según lo establecido en ellas, «a partir de la primera

Comunión»... se han de mantener «durante tres años las catequesis que hagan posible una adecuada preparación... y se promuevan actividades complementarias... que favorezcan una mayor vivencia de la fe e integración en la comunidad parroquial de tal modo que, en condiciones ordinarias, reciban la Confirmación en torno a los 12/13 años».

A través de este proceso, y por medio de una experiencia vivida en comunidad, se trata de que el catecúmeno llegue a una personalización de la propia fe y a un compromiso de ser testigo de Cristo viviendo su fe en su tarea social y eclesial.

PENITENCIA.- Es obligación de los pastores, en relación con los fieles que tiene encomendados, oírlos en confesión, por sí o por otros, cuando lo pidan razonablemente, señalando para ello «días y horas determinadas que resulten asequibles a los fieles» (cfr. c. 981, 1) y acostumbrándoles a hacerlo «fuera de la celebración de la Misa» (cfr. Ordo Penit., 13).

La confesión individual e íntegra y la absolución constituyen el único modo ordinario con el que un fiel consciente de que está en pecado grave se reconcilia con Dios y con la Iglesia; sólo la imposibilidad física o moral excusa de esta confesión (C. 960).

No puede darse la absolución a varios penitentes a la vez, sin previa confesión individual y con carácter general, a no ser en los supuestos contemplados en el c. 961.

Licencias ministeriales.- Quienes tienen facultad de oír confesiones, tanto por razón del oficio como por concesión del Ordinario del lugar de incardinación o del lugar en que tienen su domicilio, las pueden ejercer también en esta diócesis en tanto el Ordinario no disponga lo contrario en cada caso concreto, a tenor del c. 967, 2.

La facultad a que se refiere el c. 967, 2 cesa por revocación expresa, por la pérdida del oficio al que iba aneja, por excardinación cuando fue concedida dicha facultad por el Ordinario del lugar de incardinación, o cambio de domicilio, cuando se tenía por concesión del Ordinario del lugar del domicilio. (cfr. c. 97 5).

Los sacerdotes jubilados o con excedencia temporal legítimamente concedida en esta diócesis conservan las mismas licencias que tenían en

el momento de la jubilación o de la concesión de la excedencia a no ser que se indique lo contrario.

PRAXIS SACRAMENTAL EN CASO DE ABORTO

Varios Boletines Eclesiásticos han insertado en sus páginas una nota recordando las prescripciones del Vigente Derecho Canónico sobre la materia, y el modo práctico de proceder, si se presentara el caso. Creemos que dicha nota puede ser útil, de modo especial a los sacerdotes.

1. El Código de Derecho Canónico actualmente vigente establece pena de excomunión para los que cometan este delito en los siguientes términos: «Quien procure el aborto, si éste se produce, incurre en excomunión *latae sententiae*» (c. 1398), es decir, se incurre en esta pena automáticamente.

Se trata, como se ve, de una pena muy grave. Es muy importante el bien que protege. Es la vida de un ser humano en el seno de su madre. Y la vida de un ser humano es un valor fundamental.

2. ¿Qué es la excomunión?

Una pena por la que se prohíbe al excomulgado:

- cualquier participación ministerial en la Eucaristía y en cualquier otro acto de culto;
- celebrar los sacramentos y sacramentales y recibir los sacramentos;
- desempeñar cargos eclesiásticos (c. 1331,1).

3. ¿Quién incurre en esta excomunión?

- quien realiza la acción de abortar;
- los cómplices ya se trate de complicidad física, ya moral –mandando o aconsejando...–, con tal que «el delito no se hubiese cometido sin su ayuda» (c. 1329, 2).

Cuando se intenta abortar, pero no llega a producirse el aborto, no se incurre en excomunión, aunque se trate de pecado grave por intentarlo.

4. Circunstancias que eximen de la pena de excomunión y que por tanto habrán de considerarse en cada caso:

No se incurre en excomunión, cuando los que realizan el aborto:

- no tienen conciencia de haber pecado gravemente;
- son impulsados por miedo grave, aunque sólo sea relativo;
- lo realizan por evitar amenazas graves;
- son menores de diecisiete años;
- ignoran la existencia de la pena;
- actúan sin plena responsabilidad (cc. 1323 y 1324).

En estos casos, no se descarta la responsabilidad moral que supone el pecado. Son sin embargo circunstancias que evitan caer en la excomunión «*ipso facto*».

5. ¿Quiénes absuelven o dispensan de la pena de excomunión?

a) El Ordinario del Lugar en el sacramento de la penitencia y en el fuero externo (c. 1355, 2).

b) El Canónigo Penitenciario de la Catedral sólo en el sacramento de la penitencia. Esta facultad del Penitenciario no es delegable (c. 508, 1).

c) El Confesor que goce de la delegación del Ordinario del Lugar (c. 137, 1).

d) Los Capellanes de hospitales, cárceles..., dentro de los centros donde ejercen su misión pastoral (c. 566, 2).

e) Cualquier confesor, si es duro al penitente permanecer en tal estado hasta que provea el Ordinario, con la condición de recurrir, bajo pena de reincidencia –directamente o por medio del mismo confesor– al Superior competente o a quien tenga esa facultad dentro del plazo de un mes y de atenerse a sus mandato (c. 1357, 1 y 2).

f) Cualquier sacerdote, aunque no tenga facultad de confesar y aun cuando se encuentre presente un sacerdote aprobado, si se trata de alguien que se encuentra en peligro de muerte (c. 976).

6. Recomendaciones prácticas

- distinga el confesor estos tres conceptos: pecado, delito, pena;
- el pecado como tal no está reservado, pero no se le puede absolver al excomulgado, si antes no está remitida la pena;
- cerciórese el confesor si el/la penitente incurrió en pena de excomunión a tenor de lo dicho en los apartados 3 y 4;

- si incurrió en excomunión, puede provocar en el penitente la circunstancia contemplada en el artículo 5, e). Si se da, se le podrá absolver de la pena y del pecado y recurrir él mismo al Ordinario del lugar, sin expresar nombre alguno, pidiendo dispensa de la pena en el fuero externo. En este caso «imponga una penitencia conveniente y, en la medida en que esto urja, la reparación del escándalo y del daño» (c. 1357, 1 y 2). El recurso puede hacerse de palabra o por escrito; incluso telefónicamente, diciendo p.e. necesito facultades para absolver la pena por caso de aborto (c. 1398);
- si al penitente le es fácil acudir a alguno que tenga facultad para dispensar de la pena en el fuero sacramental, el confesor puede invitarle a que acuda a este confesor autorizado, absteniéndose él de absolver en este caso.

7. Penitencia a imponer

Se recomienda tener Presente la norma general del nuevo «Ritual de la Penitencia», 65: «tiene que tratarse de algo realmente adaptado a la situación del penitente, tanto en la línea de la superación personal como en la del servicio a los demás».

Se sugiere:

- la lectura del librito «EL ABORTO» de la C.E.E. o similar;
- generosidad en favor de los niños abandonados o disminuidos o niños del tercer mundo...
- colaboración con movimientos «pro vida», etc.

EUCARISTIA.- Los párrocos deben aplicar la Misa por el pueblo que tienen encomendado todos los domingos y fiestas de guardar.

La Eucaristía puede celebrarse todos los días y a cualquier hora, con las excepciones establecidas en las normas litúrgicas (c. 931).

El c. 917 autoriza a recibir la sagrada Comunión una segunda vez en el mismo día.

El Ordinario de la Diócesis puede conceder que, con justa causa, se celebre la Sta. Misa dos veces al día, o tres los domingos y fiestas de precepto, cuando lo exige una verdadera necesidad pastoral y hay escasez de sacerdotes (c. 905).

El sacerdote que celebre más de una Misa el mismo día puede aplicar cada una de ellas por la intención para la que se ha ofrecido el estipendio. El Ordinario es quien ha de determinar el destino de los estipendios de la segunda o sucesivas misas. **El sacerdote que concelebra una segunda misa el mismo día no puede recibir por ella estipendio** (c. 951).

Los rectores de las iglesias, tanto seculares como religiosos, en las que suelen recibirse limosnas de Misas, deben llevar un libro especial en el que anoten el número, intención, limosna y celebración de las Misas recibidas (c. 958).

A los sacerdotes, seculares y regulares, se les pide que anoten cuidadosamente las intenciones de Misas que hayan recibido. Las cargas de Misas que no se hubieran cumplido dentro del año, se entregarán en la Administración diocesana (c. 943) en el mes de enero siguiente.

CONCELEBRACIONES.- No se puede *binar* para concelebrar fuera de los casos expresamente autorizados por las normas litúrgicas vigentes (los que concelebran en la Misa Crismal, en la noche de Pascua, las tres Misas de Navidad y el día de difuntos, o lo hacen con el Obispo en el Sínodo, Visita Pastoral, o –de iudicio Episcopi– concelebran con el mismo o su delegado en las reuniones sacerdotales (Cfr. O.G.M.R. núm. 153).

Los capitulares o los miembros de comunidades de los Institutos de vida consagrada que, por el bien pastoral, están obligados a celebrar una misa pueden concelebrar en la Misa conventual o «*de comunidad*» el mismo día. (Cfr. S.C.C.D.: «*De concelebrationes*», núms. 1-2).

MATRIMONIO.- El expediente matrimonial debe confeccionarse con claridad. No se ha de olvidar que éste, en algún momento, puede ser la prueba externa de las disposiciones de los contrayentes para la recepción del Sacramento.

El párroco, sin embargo, ha de tener muy presente que todos los actos administrativos, previos a la celebración del matrimonio, tienen como primer objetivo avivar y confirmar la fe de los contrayentes. Por ello, en el expediente ha de quedar constancia no sólo del estado de libertad de los contrayentes, sino también de haber obtenido *la suficiente formación es-*

pecífica mediante cursillos prematrimoniales, catequesis personales, etc. (Decreto General de la C.E.E. de 20-IX-83, anexo II, art. IV).

Menores de 18 años.- Los párrocos procurarán disuadir de la celebración del matrimonio a los jóvenes que aún no hayan alcanzado la edad en la que según las costumbres de la región se suele contraer (C.I.C., c. 1072). El varón antes de los 16 años cumplidos y la mujer antes de los catorce años también cumplidos tienen impedimento dirimente de edad (c. 1083).

Recuerden que, excepto en caso de necesidad, nadie puede asistir sin licencia del Ordinario del lugar, al matrimonio de un menor de edad, si sus padres lo ignoran o se oponen razonablemente (C.I.C., c. 1071, § 1, 6°).

Lo mismo ha de decirse si se trata de un matrimonio que no puede ser reconocido o celebrado según la ley civil (c. 1071, § 1, 2.º). Esta, para contraer matrimonio civil válido exige la mayoría de edad, es decir, 18 años, en ambos contrayentes, a no se que se trate de un menor emancipado. La emancipación tiene lugar, entre otros supuestos, por concesión de los que ejercen la patria potestad, siempre que el menor tenga 16 años y consienta en la emancipación. La mayoría de edad puede ser dispensada por el juez de Primera Instancia a partir de los 14 años.

La Conferencia Episcopal ha dispuesto que «no podrán contraer lícitamente matrimonio el varón y la mujer que no hayan cumplido 18 años» (Decreto Gral., 26-11-83, art.11). Por tanto para proceder lícitamente al matrimonio de un menor de 18 años, es necesaria la dispensa del Ordinario del lugar.

Para concederla, en nuestra diócesis se ha establecido lo siguiente:

1.- El menor, a través de su párroco, solicitará del Ordinario la dispensa mediante un escrito en el que hará constar su edad y las razones que le mueven a contraer matrimonio antes de la mayoría de edad.

2.- Esta solicitud vendrá acompañada de un informe del párroco sobre la madurez y libertad del menor para asumir las responsabilidades matrimoniales. En él manifestará, además, si, consideradas todas las circunstancias, y oídos los padres del menor, estima que hay razón suficiente para conceder la dispensa solicitada; y si el/la interesado/a ha obtenido la emancipación o la dispensa civil del impedimento de edad.

Es importante advertir de todo esto a los fieles y no realizar la preparación del expediente matrimonial antes de que sea concedida la dispensa.

DÍAS DE PENITENCIA.- En la Iglesia universal, son días y tiempos penitenciales todos los viernes del año y el tiempo de Cuaresma.

Todos los viernes de Cuaresma, a no ser que coincidan con una solemnidad, debe guardarse abstinencia de carne. Ayuno y abstinencia se guardarán el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo.

El ayuno consiste en no hacer sino una comida al día; pero no se prohíbe tomar algo de alimento a la mañana y a la noche, guardando las legítimas costumbres respecto a la cantidad y calidad de los alimentos.

En los demás viernes del año que no sean fiestas de precepto, la abstinencia de carne puede sustituirse por cualquiera de las formas de penitencia recomendadas por la Iglesia: lectura de la Sagrada Escritura, limosna (en la cuantía que cada uno estime en conciencia), otras obras de caridad (visita a enfermos o atribulados), obras de piedad (participación en la Santa Misa, rezo del rosario, etc.) y mortificaciones corporales.

La ley de la abstinencia obliga a los que han cumplido catorce años; la del ayuno, a todos los mayores de edad, hasta que hayan cumplido cincuenta y nueve. Cuiden, sin embargo, los pastores de almas y los padres de que también se formen en un auténtico espíritu de penitencia quienes, por no haber alcanzado la edad, no están obligados al ayuno o a la abstinencia.

INVENTARIO.- En todas las iglesias dependientes del Obispo Diocesano debe tenerse un inventario de los objetos sagrados y otros bienes de los templos, que debe ser firmado por el Párroco o rector de la iglesia al tomar posesión. Han de anotarse las variaciones que se produzcan por cosas que se adquieren o desaparecen. Una copia de este inventario se guardará en el archivo de la parroquia y otra en la Curia Diocesana.

AXENDA DO BISPO

XANEIRO

Día 8. Preside na S.I. Catedral Basílica de Lugo o Funeral de Aniversario polo eterno descanso de Fray José Higinio Gómez Vázquez, Bispo da Diocese de Lugo durante 27 anos.

Día 13. Preside a Eucaristía na Parroquia de Santa María de Teixeira con motivo da celebración da Festa da Fe.

Día 14. Preside o funeral de enterro do sacerdote Rvdo. Sr. D. Manuel Penado Núñez, na Parroquia de San Pedro en Lugo.

Día 14-18. Exercicios Espirituais.

Día 19. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Pedro de Soñar.

Día 21. Desprázase ata Ferrol para impartir a Conferencia: «Cofradías impulsoras y dinamizadoras de la fe», con motivo das Xornadas Nacionais de Delegados Diocesanos de Irmandades e Confrarías.

Día 22. Asiste no Salón de actos da Facultade de Formación do Profesorado a conferencia: «50 años después del Concilio, el Año de la fe», que pronunciou D. José Luis Restán, Director Editorial da Cadena Cope e de «La linterna de la Iglesia» dentro das XXVII Xornadas Abertas de Teoloxía 2013.

Día 23. Asiste no Círculo das Artes a conferencia: «Recibir el Concilio. 50 años después», que pronunciou D. Juan Carlos Fernández Menes, Profesor do Centro Superior de Estudos Teolóxicos de León, con motivo das XXVII Xornadas Abertas de Teoloxía 2013.

Día 24. Asiste no Círculo das Artes a conferencia: «El fiel cristiano según el Concilio Vaticano II», que pronunciou o Excmo. e Rvdm. Mons. D. Luis Quinteiro Fiuza, Bispo de Tui-Vigo, dentro das XXVII Xornadas Abertas de Teoloxía 2013.

Día 26. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Pedro de Láncara.

Día 27. Imparte una conferencia sobre a celebración da Eucaristía na Parroquia de San Pedro de Recimil.

Día 27. Asiste á reunión de Capeláns de Pastoral Sanitaria de Galicia na Casa de Exercicios de Santiago de Compostela.

Día 29. Encontro no Seminario Diocesano.

Día 30. Celebra o 1º Encontro con alumnos do Colexio San José de Lugo.

FEBREIRO

Día 1. Desprázase ata Zamora para impartir a Conferencia: «La imagen de la Iglesia en el mundo desde la *Gaudium et spes*», con motivo das Xornadas de Formación do Clero, que tiveron lugar no Salón de Actos do Seminario San Atilano.

Día 2. Preside a Eucaristía na S.I. Catedral Basílica de Lugo no Día da Vida Consagrada.

Día 3. Celebra Eucaristía e visita a Comunidade no mosteiro da Inmaculada das Irmás Agostiñas Recoletas de Lugo.

Día 6. Desprázase ata a Arquidiocese de Santiago para impartir as dúas primeiras leccións sobre: «A Igrexa: vida e ministerio do Papa, Bispos e Sacerdotes», con motivo do Curso de Teoloxía para sacerdotes de Santiago de Compostela 2012-2013.

Día 7. Celebra o 2º Encontro con alumnos do Colexio San José de Lugo.

Día 8. Preside a Eucaristía no Seminario Diocesano con motivo da celebración do Día do Xaxún Voluntario, organizado por Mans Unidas.

Día 9. Preside a Eucaristía na S.I. Catedral Basílica de Lugo e asiste a celebración organizada polo Cabido con motivo do 5º Aniversario da súa Ordenación Episcopal.

Día 11. Festividade de Nosa Señora de Lourdes.

Día 12. Preside o funeral de enterro do sacerdote Rvdo. Sr. D. Guillermo Méndez Rodríguez, na Parroquia do Sagrado Corazón de Xesús en Lugo.

Día 13. Preside na S.I. Catedral Basílica de Lugo a celebración do Mércores de Cinza.

Día 14. Visita o Arciprestado en Fonsagrada.

Día 16. Celebra Confirmacións en Silleda.

Día 19. Encontro no Seminario Diocesano.

Día 20. Reunión de Consello Episcopal. Encontro co Centro Eucarístico Lucense.

Día 21. Asiste á presentación do Centro de Orientación Familiar. Visita o Arciprestado de Cotos Dereita.

Día 22. Invitado polo Arciprestado de Viveiro, pronuncia a conferencia: «Creo en Jesucristo», na Igrexa de Francisco.

Día 23. Pola mañá preside os actos de inauguración do Centro de Orientación Familiar Diocesano. Pola tarde preside na S.I. Catedral Basílica de Lugo a Ordenación Presbiteral de D. Alberto Riádigos García e D. Daniel Gil González.

Día 25. Preside a reunión da Xunta de Confrarías de Semana Santa de Lugo.

Día 27. Visita o Arciprestado en Monforte.

Día 28-2 de marzo. II Encontro Eucarístico Lucense.

MARZO

Día 5. Asiste á conferencia: «Orígenes de la Semana Santa», pronunciada por D. Francisco J. Vázquez Vázquez, con motivo das XI Xornadas 2013: «Occidente ante o século XXI - Incertezas e problemas do noso tempo», organizada pola Xunta de Confrarías de Semana Santa de Lugo.

Día 6. Visita o Arciprestado en Chantada.

Día 7. Visita o Arciprestado en Rábade.

Día 8. Pronuncia unha conferencia na Igrexa Parroquial de Santa María de Vilalba sobre o Ministerio do Sucesor de Pedro.

Día 9. Participa na Real Abadía de San Xulián e Santa Basílica de Samos, nun retiro celebrado polo Excmo. e Rvdmo. Mons. D. José Leonardo Lemos Montanet, Bispo de Ourense, aos membros da Curia Diocesana.

Día 11. Pola mañá preside no Pazo Episcopal o acto de presentación do programa e o cartel de Semana Santa 2013 organizado pola Xunta de Confrarías de Semana Santa de Lugo.

Día 12. Encontro no Seminario Diocesano.

Día 13. Visita o Arciprestado en Baralla.

Día 14. Visita o Arciprestado en Lalín.

Día 15. Asiste no Círculo das Artes ao Solemne Pregón da Semana Santa Lucense, a cargo de D^a Noemí Mazoy.

Día 16. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Xoán de Santa Comba.

Día 18. Preside a Eucaristía na Parroquia de San Lázaro de Lugo con motivo da súa festividade.

Día 19. Preside a celebración da festividade de San Xosé no Seminario Diocesano.

Día 21. Inaugura as I Xornadas de Formación Cofrade coa conferencia: «Las Cofradías, impulsoras y dinamizadoras de la fe», organizadas pola Xunta de Confrarías de Semana Santa de Lugo.

Día 22. Preside o funeral de enterro do sacerdote M.I. Sr. Rvdo. D. Manuel Blanco Cortizo, na S.I. Catedral Basílica de Lugo e posteriormente, o Solemne Vía Crucis con motivo do Ano da Fe.

Día 24. Preside a Bendición e Misa de Domingo de Ramos na S. I. Catedral Basílica de Lugo. Asiste á Procesión da Virxe das Dolores, organizada pola Confraría do Desencravo do Señor e das Maiores Dolores de María Santísima.

Día 27. Asiste á Procesión do Cristo do Perdón e da Virxe da Piedade, organizada pola Confraría do Santo Cristo do Perdón e Nosa Señora da Piedade.

Día 28. Xoves Santo. Preside na S. I. Catedral Basílica de Lugo a Misa da Cea do Señor.

Día 29. Venres Santo. Pola mañá preside na S.I. Catedral Basílica a celebración do Sermón das Sete Palabras. Pola tarde preside os oficios da Paixón do Señor.

Día 30. Sábado Santo. Preside na S.I. Catedral Basílica a Vixilia Pascual.

Día 31. Domingo de Resurrección. Preside na S.I. Catedral Basílica a Solemne Misa Pontifical de Resurrección e a Procesión do Cristo Resucitado.

NOTICIAS VARIAS

Vodas de prata das Irmás da Cruz en Lugo

Como acontecemento singular, entrañable e gozoso viviu a sociedade lucense, en particular amigos e admiradores desta comunidade relixiosa, as súas Vodas de Prata da súa chegada á nosa cidade. Nestes 25 anos o carisma de Sta. Ángela da Cruz de servizo, amor e tenrura aos máis pobres, anciáns, enfermos, marxinados... estivo presente nas parroquias de Lugo.

Merecía unha celebración extraordinaria e así se fixo. Un triduo solemne no marco incomparable da Santa Igrexa Catedral Basílica ante o Santísimo Sacramento, permanentemente exposto, privilexio desta catedral, acollía o desenvolvemento dos actos, cuxo punto central era a celebración da Eucaristía.

Iniciou o triduo o Sr. Bispo, titular da Diocese de Lugo, Excmo. Sr. Don. Alfonso Carrasco Rouco; bendixo unha imaxe de Sta. Ángela da Cruz, obra do artista sevillano, Don Ricardo Rivera Vélez de Tomares, que soubo captar perfectamente o sorriso da santa. A imaxe foi por doazón de sacerdotes e seglares devotos, da Coruña e Lugo. Despois da bendición, Monseñor Carrasco Rouco, presidiu a Eucaristía; a súa homilía foi especialmente dirixida á mocidade, á que se dedicou a xornada.

O segundo día estivo dedicado á familia. Presidiu a celebración eucarística e pronunciou a homilía o Sr. Cardeal Arcebispo emérito de Sevilla, Emmo. Don. Carlos Amigo Vallejo.

Foi o Sr. Arcebispo Castrense, Excmo. Don Juan del Río Martín, o que pechou o triduo. A homilía da Misa estivo dirixida aos anciáns, enfermos, pobres...

As tres homilías foron moi apreciadas pola doutrina e o afecto, sen dúbida, un estímulo para o fervor. O Excmo. cabido catedralicio, sacerdotes e fieis en xeral, encheron cada día as naves do templo catedralicio.

As Irmás da Cruz, vinculadas a Lugo, algunhas chegadas de Andalucía, Valencia, Madrid e Valladolid, puxeron nos actos a nota máis entrañable

e artística coas súas voces nos cantos litúrxicos; escoitándoas parecía que un coro de anxos irrompera na catedral.

Foron momentos preciosos, ocasións especiais para a gratitude e o recordo; estivo moi presente a beata María da Purísima, Madre Xeneral, fundadora da comunidade de Lugo. Quedamos a espera de que a Virxe dos Ollos Grandes, a nosa patroa, nos axude a fortalecer a nosa fe e que o testemuño das Irmás da Cruz, fundadoras en Lugo, esperte en nós entusiasmo polo Señor e o seu seguimento.

Peregrinación da imaxe de Nosa Señora dos Ollos Grandes

A peregrinación polas parroquias dunha réplica da imaxe da nosa Señora dos Ollos Grandes (que foi bendicida polo Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, na celebración de inauguración do Ano da fe, na Catedral, o pasado mes de outubro) é unha das iniciativas para vivir e celebrar este ano.

A peregrinación da imaxe da virxe dos Ollos Grandes iniciou o seu percorrido na cidade de Lugo, en concreto no Seminario e o Asilo de anciáns. O 3 de xaneiro, o Centro Penal de Bonxe recibiu solemnemente a réplica da Virxe dos Ollos Grandes e permaneceu nel até o 7 de xaneiro presidindo as celebracións na capela desta institución.

Acoller a súa imaxe é signo de unidade de todos os crentes e o feito de que peregrine pola Diocese axuda a estar e permanecer unidos na confesión da mesma fe en comunión e obediencia ao Bispo e, con el, co sucesor de Pedro e toda a Igrexa universal.

A imaxe acompáñase dun libreto que inclúe varias oracións e diversos modelos de celebracións marianas para facilitar a participación de toda a asemblea, así como dun libro de firmas onde deixar constancia das oracións, dedicatorias, peticións... que os fieis queiran presentar á Virxe.

Eucaristía por todos os bispos falecidos da Diocese

O 8 de xaneiro, ás 12 h na Catedral de Lugo, coincidindo co quinto aniversario do falecemento do Bispo Frei Xosé Gómez, celebrouse unha Eucaristía, presidida por Mons. Alfonso Carrasco, por todos os bispos falecidos da nosa Diocese.

XXVII Xornadas abertas de teoloxía

O 22 de xaneiro comezaron as Xornadas de teoloxía que cada ano organiza o Instituto Teolóxico Lucense. Este ano o tema elixido foi *2013: aos 50 anos do Concilio. O Ano da fe*

Abriu este ciclo de conferencias o director editorial da Cadea Cope e do programa *La Linterna de la Iglesia*, José Luis Restán. A súa conferencia titulábase: *50 anos despois do Concilio, o Ano da fe*.

O 23 de xaneiro, o doutor en teoloxía e profesor do Centro Superior de Estudos Teolóxicos de León, Juan Carlos Fernández Menes, presentou o seguinte tema: *Recibir o Concilio. 50 anos despois*.

E o 24 de xaneiro, o Bispo de Tui-Vigo, Mons. D. Luis Quinteiro Fiuza, disertou sobre *O fiel cristián segundo o Concilio Vaticano II*.

Festividade de Santo Tomé de Aquino no Seminario de Lugo

O 28 de xaneiro, o Seminario Diocesano e o Instituto Teolóxico Lucense celebraron a festividade de Santo Tomé de Aquino.

O programa de actos comezou ás 11.30 h na aula Magna cunha conferencia a cargo do profesor e licenciado en Dereito Canónico, José Manuel Penela Campos, sobre *A exclusión do 'bonum proliis' na xurisprudencia recente da Rota Romana*

Ás 13 h na Capela do Centro houbo unha celebración eucarística. Finalizouse cunha comida de confraternidade da comunidade escolar.

Xornada mundial da vida consagrada

Signo vivo da presenza de Cristo resucitado no mundo.

O 2 de febreiro, coincidindo coa festividade da Presentación do Señor, celebrouse a Xornada da Vida consagrada. Con este motivo o Bispo da Diocese, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu a celebración eucarística na Catedral ás 17 h.

Presentación do Centro de Orientación Familiar diocesano de Lugo

O 21 de febreiro, presentouse aos medios de comunicación o Centro de Orientación Familiar diocesano (COF), institución creada pola Diocese de Lugo coa finalidade de prestar unha atención integral e profesional ás familias a través da intervención, a prevención e a formación.

O acto comezou ás 11 h no Seminario diocesano de Lugo e posteriormente os interesados desprazáronse ás instalacións do COF para visitalas.

Interviñeron o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, o delegado de Pastoral Familiar da diocese, Rodrigo Rúa e o director do Centro de Orientación Familiar diocesano de Lugo, Martiño Rodríguez González.

Xornada de familia

O 23 de febreiro, tivo lugar no Seminario diocesano de Lugo, unha Xornada de familia na que interviñeron como relatores o Bispo de Mondoñedo-Ferrol, Mons. Sánchez Monge e a directora da Fundación *Desarrollo y Persona*, Nieves González Rico.

O relatorio do Bispo de Mondoñedo-Ferrol, Mons. Sánchez Monge, versou sobre cal é a verdadeira misión da Pastoral Familiar, que vai moito máis alá do prematrimonial, e reflexionou sobre o papel da familia e a súa importancia para a vida cristiá.

Pola súa banda, Nieves González Rico, falou sobre a tarefa dos Centros de Orientación Familiar diocesanos e de todo o que poden ofrecer.

Aproveitouse a Xornada de familia para inaugurar oficialmente o Centro de Orientación Familiar da Diocese.

Ordenados dous novos presbíteros na Diocese de Lugo

O 23 de febreiro, ás 17.30 h na Catedral, o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, ordenou presbíteros a Daniel Gil e a Alberto Riádigos.

Alberto Riádigos García naceu en Lalín, o 14 de agosto de 1976 e actualmente está a cursar a licenciatura de Dereito Canónico na Facultade San Dámaso en Madrid.

Daniel Gil González naceu en san Miguel de Bendoiro (Lalín) o 27 de xullo de 1988 e na actualidade é formador no Seminario de Lugo.

Os últimos 10 anos ordenáronse na Diocese un total de 18 sacerdotes.

II Encontro Eucarístico Lucense

Este é o sacramento da nosa fe

O 28 de febreiro, comezou o II Encontro Eucarístico Lucense, organizado polo Centro Eucarístico Lucense (LEC).

Coincidindo co inicio do II Encontro Eucarístico Lucense e con motivo da convocatoria do Ano da Fe, a Diocese de Lugo presentou o mural conmemorativo desta celebración, un símbolo da fe que recibe o título de *Duc in altum*. O mural é unha obra do artista lucense Francisco González Pin.

Ademais de celebracións eucarísticas, houbo varias conferencias: José Antonio González García, («A Cea do Señor: memoria e promesa. Historia e escatoloxía»); Luis Varela Castiñeira, («A música eucarística do s. XX na Catedral de Lugo»); o Reitor Magnífico da Univ. Eclesiástica San Dámaso. Javier M. Prades López, («A contemporaneidad de Cristo»); o profesor da Facultade de Teoloxía da Universidade de Navarra, José Ramón Villar Saldaña, («A Eucaristía e o sacerdocio dos fieis»).

Durante o Encontro Eucarístico organizouse a exposición *Viron e creiron. A alegría e a beleza de ser cristiáns*. No acto inaugural interviñeron a xornalista e escritora, Marta Rivera de la Cruz e o Secretario do LEC, David Varela Vázquez. Esta mostra en paneis de gran tamaño con imaxes e texto puido verse na capela da parroquia de Santiago A Nova.

Eucaristía de acción de grazas polo pontificado de Benedito XVI

O Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu na Capela Maior da Catedral unha Eucaristía de acción de grazas polo pontificado de Benedito XVI, celebración á que se uniu toda a Diocese con actos similares nas súas respectivas parroquias.

Tocáronse as campás da Catedral e do resto das igrexas da cidade, como homenaxe e agradecemento ao pontificado de S.S. o papa Benedito XVI.

Na súa homilía o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, agradeceu ao Señor «os moitos e xenerosos froitos con que nos bendixo na figura do Santo Padre. A súa renuncia conmóvenos polo testemuño que nos dá de amor a Cristo e á Igrexa. Aínda que, sinalou o bispo de Lugo, trátase dun acontecemento singular, non debe sorprendernos que o que estivo toda a súa vida (en referencia a Benedito XVI) dedicado ao servizo de Deus e da Igrexa, queira intensificar esta relación o resto da súa vida a través da oración. Benedito XVI deixa de ser Papa, pero non deixa de estar na nosa historia. Vaise e queda para sempre na oración e na Eucaristía».

Finalmente, Mons. Alfonso Carrasco, instou a todos os diocesanos a orar polo Papa emérito e polo que será o seu sucesor, cuxa misión é a de manternos unidos na fe e na comunión.

Xornada do Misioneiro diocesano e Día de Hispanoamérica

A parroquia de San Francisco Xavier de Lugo acolleu as celebracións do Misioneiro diocesano e Día de Hispanoamérica.

O sábado 2 de marzo, Xornada do Misioneiro diocesano houbo unha mesa redonda, ás 17 h, na que participaron laicos que tiveron experiencia en países de misión. A continuación celebrouse a Eucaristía.

O domingo 3 de marzo, Día de Hispanoamérica ás 12.30 haberá unha Eucaristía á que se convidou a participar a todos os hispanoamericanos residentes en Lugo. A continuación houbo unha exposición de cultura latinoamericana

Presentación da Semana Santa de Lugo 2013

Nun acto ante os medios de comunicación celebrado no Bispado de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco manifestou que a celebración da nosa Semana Santa é expresión da vida e modo de ser dos lucenses. Agradeceu o gran traballo que a Xunta de Confrarías desenvolve na súa preparación. Quixo tamén recalcar o carácter penitencial das confrarías, algo intrínseco á Semana Santa, que representa a renovación do pobo, é expresión da dimensión de cambio no home e recoñecemento do necesario impulso e amor no corazón de todos.

O coordinador da Xunta de Confrarías, Ramón Basanta, dixo na súa intervención que o programa de actos deste ano era «o máis completo de todos os que se realizaron desde que existe a Xunta de Confrarías».

Ramón Basanta destacou dúas novidades deste ano:

– A celebración o día 21 da I Xornada de Formación Confrade, cunha conferencia do Bispo de Lugo, sobre as Confrarías, impulsoras e dinamizadoras da fe.

– Concerto de música de Semana Santa, o día 23, no Claustro da Catedral, no que intervirían a Banda Municipal de Guntín e a Banda municipal de Ortigueira.

Durante todos os días da semana hai saídas procesionais.

NECROLÓXICAS

MANUEL PENADO NÚÑEZ

Morreu o 12 de xaneiro, aos 88 anos de idade e despois de sesenta e un de ministerio sacerdotal. Era natural da Parroquia de San Pedro da Ramallosa (Diocese de Tui-Vigo) onde por razóns de tipo laboral tiñan residencia seus pais e onde el viu a luz por primeira vez un 28 de decembro de 1924. Aos poucos meses a familia trasladouse a Lugo, cidade na que o matrimonio, cos seus catro fillos, levantaron o seu fogar. Manuel era o terceiro da irmandade.

Cursou os estudos eclesiásticos no Seminario Conciliar de Lugo recibindo a orde do Presbiterado de mans do Bispo Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro o 1 de novembro de 1951. Nese mesmo ano foi nomeado Ecónomo de O Salvador de Mao, no concello do Incio, e dous anos despois Coadxutor da parroquia de Santiago (A Nova) na cidade de Lugo (1953) traballando alí por un período de cinco anos, época na que pasou a ser Vicario *in capite* de Santa María de Penamaior (1958). Ao ano seguinte sería trasladado a Santa María de Fonsagrada, na vila do mesmo nome (1959) e tres anos máis tarde pasaría a ser Vicario *in capite* de San Xulián de Zas de Rei, en terras de Melide (1962). En 1964 encargouse do labor pastoral da Parroquia de San Pedro de Ferreiroa (Agolada) voltando, ao seguinte ano, á cidade de Lugo para axudar na Parroquia de San Antonio de Padua (1965). A partires de 1968 permaneceu en San Pedro de Calde, sete anos como Vicario *in capite*, e tres mais como Ecónomo da mesma vindo residir a Lugo en 1998.

D. Manuel desempeñou o seu labor ministerial con exemplar responsabilidade, coidando con especial esmero os lugares de culto e mostrando singular celo pola formación catequética de nenos e xoves; distinguiuse, sobre todo, pola asidua dedicación ao ministerio da re-

conciliación para o que gozaba dun especial carisma. Pasou pouco mais dun ano sen poder saír á rúa a causa dos seus achaques e tendo que ser hospitalizado con relativa frecuencia. O funeral tivo lugar na igrexa de San Pedro. Presidiu a celebración o Sr. Bispo e asistiron ao redor de cincuenta compañeiros sacerdotes e numerosos fieis. Os seus restos foron depositados no panteón familiar de cemiterio de San Froilán (Lugo). Descanse na paz do Señor.

GUILLERMO MÉNDEZ RODRÍGUEZ

Oriundo da parroquia de Santa Mariña de Chantada naceu o 15 de febreiro de 1915. Despois de cursar os estudos institucionais no Seminario Diocesano, foi ordenado Presbítero o 16 de xuño de 1940 polo bispo Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro.

Empezou o exercicio do ministerio sacerdotal como Capelán da S.I.C.B. e da Comunidade de Servas de Xesús pasando dous anos máis tarde a ser Prefecto de disciplina no Seminario Menor (1942) e despois do Teologado (1952). Co paso do tempo desempeñaría tamén o cargo de Director espiritual dos alumnos de Teoloxía. De feito, a súa vida estivo sempre moi vencellada ao Seminario e aos que pasaron por ese centro de formación aínda que non chegaran ao sacerdocio. Foi nomeado Delegado Diocesano da Obra de *Vocacións Eclesiásticas* (1963) e Vocal da Comisión Diocesana de Liturxia (1965). Nese mesmo ano pasou a ser Ecónomo da Parroquia do Sagrado Corazón de Xesús na cidade de Lugo e, a partires de 1990 formou parte do VII Consello Presbiteral Diocesano e desempeñou a función de Asesor Relixioso no Colexio Público de EXB *Sagrado Corazón de Xesús* ubicado no territorio da parroquia.

Aínda contando coas limitacións que a idade lle impoñía, foi nomeado Moderador do equipo de párrocos *in solidum* do Sagrado Corazón de Xesús de Lugo, Santa María de Muxa, San Estevo de Benade, San Fiz de Paz, O Salvador de Mosteiro e San Claudio de Aguiar.

D. Guillermo era moi coñecido polo seu espírito sacerdotal: sinxelo, alegre, delicado, xeneroso, conciliador e atento sempre a quen necesitase de axuda e consolo. Confesor ordinario en moitas das comunidades

relixiosas da cidade, contou co aprezo das relixiosas así como dos seus compañeiros sacerdotes, froito tamén da cercanía que desenvolvera sobre todo na época de formación seminarística. Deixa persoalmente unha fonda pegada entre os fregueses do Sagrado Corazón que o arrouparon ata os últimos momentos.

A pesar de que estaba a piques de cumprir os noventa e oito anos, cunha mobilidade precaria e aqueixado por unha enfermidade grave, puido exercer o ministerio ata o final dos seus días. Faleceu o 11 de febrero pola mañá e o funeral, presidido polo Sr. Bispo e concelebrado por un cento de sacerdotes, tivo lugar o día 12, martes, ás once horas na igrexa do Sagrado Corazón; os seus restos foron trasladados a Chantada onde quedaron no cementerio parroquial desa vila.

RICARDO VALCÁRCEL LEMOS

Naceu na Parroquia de San Xil de Carballo, Concello de Samos, o día 6 de abril de 1935. Con once anos empezou os seus estudos no Seminario de Lugo (curso 1946/47) chegando a ser ordenado Presbítero o 22 de marzo de 1958, na igrexa parroquial de Santiago (A Nova) polo daquela Bispo Auxiliar o Dr. D. Antonio Ona de Echave. Ao día seguinte, con tódolos compañeiros de promoción, celebrou a súa primeira Misa nun dos altares laterais da S.I.C. Basílica de Lugo.

Comezou o seu labor pastoral como Ecónomo de San Xoán de Torés e San Cosme de Alence, no concello de As Nogais (1958).

No 1961 foi nomeado Ecónomo da Pobra de San Xiao, cargo no que permaneceu ata o 2008. Perante esta longa etapa da súa vida, foi arcipreste do Páramo en tres tempadas e por tres veces elixido membro dos III, IV e VII Consello Presbiteral (1973, 1977, 1984). Desde 1986 compatibilizou este traballo co de Administrador Parroquial de San Xoán de Muro e, desde 2004, de San Pedro de Ronfe.

Foi Asesor Relixioso do Colexio de EXB «Ramón Piñeiro» da Pobra desde a súa creación, onde fundou e dirixiu un coro mixto. A súa xubilación chegou cando estaba a celebrar as Vodas de ouro do sacerdocio (2008) por mor das limitacións físicas.

Xa desde os tempos do Seminario destacou pola súa sensibilidade, sinxeleza, delicadeza e mesmo finura espiritual e humana. O seu carácter afable, servicial, firme, sinxelo, aberto e, sobre todo, a súa entrega decidida e xenerosa aos demais fixeron del unha persoa recoñecida polos seus compañeiros sacerdotes e tamén polos fieis que tiña encomendados.

Posuía unha gran capacidade de traballo que rentabilizaba aínda mais ao saber organizarse. Sempre se amosaba dispoñible e afrontaba as dificultades con envexable enteira loitando por ser coherente e cumpridor da súa misión. Particularmente, viviu o último tramo da súa vida con valentía, alegría e mesmo unha gran esperanza, iso sí, nunha longa semana de paixón que o foi acercando á Pascua definitiva. O seu pasamento tivo lugar o 26 de febreiro. O funeral contou coa presenza do Sr. Bispo –que presidiu a celebración– e un bo número de sacerdotes, fregueses e amigos. Os restos mortais foron traladados ao cemiterio da súa parroquia natal.

Grazas, Ricardo, polo teu exemplo de vida sacerdotal. Descansa e goza na Paz do Señor.

MANUEL BLANCO CORTIZO

No amencer do 21 de marzo faleceu no Hospital Universitario Lucus Augusti, onde levaba uns días ingresado, a consecuencia dunha prolongada enfermidade coa que viña loitando desde anos atrás. Era natural da parroquia de San Miguel de Bendoiro; naceu o 13 de marzo de 1929, terceiro de oito irmáns. Moi pronto pasou ao Seminario Diocesano onde fixo os estudos institucionais ordenándose Presbítero o 27 de maio de 1956 de mans do Bispo da Diocese, o Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro.

Nese mesmo ano encargouse da atención pastoral de San Félix de Moredó (1956) e oito meses despois foi nomeado Secretario particular do Sr. Bispo Auxiliar, Dr. D. Antonio Ona de Echave, Coadxutor da Parroquia de San Pedro na cidade de Lugo e Secretario para as Visitas Pastorais (1957). Pouco máis tarde pasou a ser Beneficiado da S.I.C.B. (1961), Administrador do Erario Diocesano, Secretario da Delegación Xeral de Capelanías e Obras Pías así como Capelán do Colexio Menor *Eijo y Garay* (Organización Juvenil Española) de Lugo (1963). Tamén prestou outros servizos, entre os que se

conta o de Vocal da Comisión Diocesana de Liturxia (1965) e Administrador do Consello Diocesano de Economía (1977) ata que foi requerido como Administrador Parroquial de Santa María Madanela de Adai e San Miguel de Orbazai (1984). Desde ese mesmo ano, tamén foi Profesor de Relixión no Instituto *Virxe dos Ollos Grandes* de Lugo ata a súa xubilación oficial (1994). En 1993 foi elevado á condición de Cóengo da S.I.C.B.; e despois do 2000 desempeñaría diversos cargos vinculados directamente ao culto eucarístico: Vicedirector espiritual 2º do Consello Diocesano, rama masculina, da Adoración Nocturna Española, Capelán da Confraría Sacramental e Consiliario de ARPU (Adoración Real, Perpetua e Universal).

Era D. Manuel ben coñecido na cidade tanto por razón dos cargos que desempeñara ao longo do seu ministerio como pola súa cercanía e aprezo que sempre mostraba no trato persoal. Discreto, con gran amor á Igrexa e ao sacerdocio, leal nos traballos que se lle encomendaban e xeneroso no modo de realizalos. Destacou polo seu amor á Eucaristía; de aí a ilusión e esforzo que puxo na promoción da devoción eucarística, na dignificación dos lugares de culto que estaban ao seu cargo e, dun modo moi especial, no acrecentamento da Confraría Sacramental.

Na tarde do 22, celebrouse o funeral na S.I.C.B. presidido polo Bispo da Diocese, Mons. Alfonso Carrasco Rouco. Concelebraron os membros do Cabido e preto de sesenta sacerdotes. Asistiron numerosos fieis, sinal patente do recoñecemento que lle profesan. Os seus restos mortais descansan no cemiterio catedralicio. *In Pace*.

Santa Sede



- Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la cuaresma 2013
- Benedicto XVI renuncia al ministerio de Obispo de Roma
- Nuevo Romano Pontífice
- Audiencia a todos los cardenales
- Audiencia a los periodistas
- Audiencia al Cuerpo Diplomático
- Celebración del Domingo de Ramos
- Santa Misa Crismal
- Santa Misa «*in coena Domini*»
- Vigilia Pascual

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA CUARESMA 2013

*Hemos conocido el amor que Dios nos tiene
y hemos creído en él (1 Jn 4,16)*

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la Cuaresma, en el marco del Año de la fe, nos ofrece una ocasión preciosa para meditar sobre la relación entre fe y caridad: entre creer en Dios, el Dios de Jesucristo, y el amor, que es fruto de la acción del Espíritu Santo y nos guía por un camino de entrega a Dios y a los demás.

1. La fe como respuesta al amor de Dios

En mi primera Encíclica expuse ya algunos elementos para comprender el estrecho vínculo entre estas dos virtudes teologales, la fe y la caridad. Partiendo de la afirmación fundamental del apóstol Juan: *Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él (1 Jn 4,16)*, recordaba que *no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un 'mandamiento', sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro (Deus caritas est, 1)*. La fe constituye la adhesión personal –que incluye todas nuestras facultades– a la revelación del amor gratuito y *apasionado* que Dios tiene por nosotros y que se manifiesta plenamente en Jesucristo. El encuentro con Dios Amor no sólo comprende el corazón, sino también el entendimiento: *El reconocimiento del Dios vivo es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento,*

voluntad y sentimiento en el acto único del amor. Sin embargo, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por concluido y completado (ibidem, 17). De aquí deriva para todos los cristianos y, en particular, para los agentes de la caridad, la necesidad de la fe, del encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (ib., 31a). El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por este amor –caritas Christi urget nos (2 Co 5,14)–, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo (cf. ib., 33). Esta actitud nace ante todo de la conciencia de que el Señor nos ama, nos perdona, incluso nos sirve, se inclina a lavar los pies de los apóstoles y se entrega a sí mismo en la cruz para atraer a la humanidad al amor de Dios.

La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor... La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar (ib., 39). Todo esto nos lleva a comprender que la principal actitud característica de los cristianos es precisamente el amor fundado en la fe y plasmado por ella (ib., 7).

2. La caridad como vida en la fe

Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el «sí» de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Sin embargo, Dios no se contenta con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí, transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (cf. Ga 2,20).

Quando dejamos espacio al amor de Dios, nos hace semejantes a él,

participes de su misma caridad. Abrirnos a su amor significa dejar que él viva en nosotros y nos lleve a amar con él, en él y como él; sólo entonces nuestra fe llega verdaderamente a *actuar por la caridad* (Ga 5,6) y él mora en nosotros (cf. 1 Jn 4,12).

La fe es conocer la verdad y adherirse a ella (cf. 1 Tm 2,4); la caridad es *caminar* en la verdad (cf. Ef 4,15). Con la fe se entra en la amistad con el Señor; con la caridad se vive y se cultiva esta amistad (cf. Jn 15,14s). La fe nos hace acoger el mandamiento del Señor y Maestro; la caridad nos da la dicha de ponerlo en práctica (cf. Jn 13,13-17). En la fe somos engendrados como hijos de Dios (cf. Jn 1,12s); la caridad nos hace perseverar concretamente en este vínculo divino y dar el fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22). La fe nos lleva a reconocer los dones que el Dios bueno y generoso nos encomienda; la caridad hace que fructifiquen (cf. Mt 25,14-30).

3. El lazo indisoluble entre fe y caridad

A la luz de cuanto hemos dicho, resulta claro que nunca podemos separar, o incluso oponer, fe y caridad. Estas dos virtudes teologales están íntimamente unidas por lo que es equivocado ver en ellas un contraste o una «dialéctica». Por un lado, en efecto, representa una limitación la actitud de quien hace fuerte hincapié en la prioridad y el carácter decisivo de la fe, subestimando y casi despreciando las obras concretas de caridad y reduciéndolas a un humanitarismo genérico. Por otro, sin embargo, también es limitado sostener una supremacía exagerada de la caridad y de su laboriosidad, pensando que las obras puedan sustituir a la fe. Para una vida espiritual sana es necesario rehuir tanto el fideísmo como el activismo moralista.

La existencia cristiana consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que derivan de éste, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios. En la Sagrada Escritura vemos que el celo de los apóstoles en el anuncio del Evangelio que suscita la fe está estrechamente vinculado a la solicitud caritativa respecto al servicio de los pobres (cf. Hch 6,1-4). En la Iglesia, contemplación y acción, simbolizadas de alguna manera por las figuras evangélicas de las hermanas Marta y María, deben coexistir e integrarse (cf. Lc 10,38-42). La prioridad corresponde siempre a

la relación con Dios y el verdadero compartir evangélico debe estar arraigado en la fe (cf. Audiencia general 25 abril 2012). A veces, de hecho, se tiene la tendencia a reducir el término «caridad» a la solidaridad o a la simple ayuda humanitaria. En cambio, es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el «servicio de la Palabra». Ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la promoción más alta e integral de la persona humana. Como escribe el siervo de Dios el Papa Pablo VI en la Encíclica *Populorum progressio*, es el anuncio de Cristo el primer y principal factor de desarrollo (cf. n. 16). La verdad originaria del amor de Dios por nosotros, vivida y anunciada, abre nuestra existencia a aceptar este amor haciendo posible el desarrollo integral de la humanidad y de cada hombre (cf. *Caritas in veritate*, 8).

En definitiva, todo parte del amor y tiende al amor. Conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto –indispensable– con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás.

A propósito de la relación entre fe y obras de caridad, unas palabras de la Carta de san Pablo a los Efesios resumen quizá muy bien su correlación: «Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se glorié. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos» (2,8-10). Aquí se percibe que toda la iniciativa salvífica viene de Dios, de su gracia, de su perdón acogido en la fe; pero esta iniciativa, lejos de limitar nuestra libertad y nuestra responsabilidad, más bien hace que sean auténticas y las orienta hacia las obras de la caridad. Éstas no son principalmente fruto del esfuerzo humano, del cual gloriarse, sino que nacen de la fe, brotan de la gracia que Dios concede abundantemente. Una fe sin obras es como un árbol sin frutos: estas dos virtudes se necesitan recíprocamente. La cuaresma, con las tradicionales indicaciones para la vida cristiana, nos invita precisamente a alimentar la fe a través de una escucha más atenta y prolongada de la Palabra de Dios y la participa-

ción en los sacramentos y, al mismo tiempo, a crecer en la caridad, en el amor a Dios y al prójimo, también a través de las indicaciones concretas del ayuno, de la penitencia y de la limosna.

4. Prioridad de la fe, primado de la caridad

Como todo don de Dios, fe y caridad se atribuyen a la acción del único Espíritu Santo (cf. 1 Co 13), ese Espíritu que grita en nosotros *¡Abbá, Padre!* (Ga 4,6), y que nos hace decir: *¡Jesús es el Señor!* (1 Co 12,3) y *¡Maranatha!* (1 Co 16,22; Ap 22,20).

La fe, don y respuesta, nos da a conocer la verdad de Cristo como Amor encarnado y crucificado, adhesión plena y perfecta a la voluntad del Padre e infinita misericordia divina para con el prójimo; la fe graba en el corazón y la mente la firme convicción de que precisamente este Amor es la única realidad que vence el mal y la muerte. La fe nos invita a mirar hacia el futuro con la virtud de la esperanza, esperando confiadamente que la victoria del amor de Cristo alcance su plenitud. Por su parte, la caridad nos hace entrar en el amor de Dios que se manifiesta en Cristo, nos hace adherir de modo personal y existencial a la entrega total y sin reservas de Jesús al Padre y a sus hermanos. Infundiendo en nosotros la caridad, el Espíritu Santo nos hace partícipes de la abnegación propia de Jesús: filial para con Dios y fraterna para con todo hombre (cf. Rm 5,5).

La relación entre estas dos virtudes es análoga a la que existe entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: el bautismo y la Eucaristía. El bautismo (*sacramentum fidei*) precede a la Eucaristía (*sacramentum caritatis*), pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano. Análogamente, la fe precede a la caridad, pero se revela genuina sólo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe (*saber que Dios nos ama*), pero debe llegar a la verdad de la caridad (*saber amar a Dios y al prójimo*), que permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes (cf. 1 Co 13,13).

Queridos hermanos y hermanas, en este tiempo de cuaresma, durante el cual nos preparamos a celebrar el acontecimiento de la cruz y la resurrección, mediante el cual el amor de Dios redimió al mundo e iluminó la historia, os deseo a todos que viváis este tiempo precioso reavivando la

fe en Jesucristo, para entrar en su mismo torrente de amor por el Padre y por cada hermano y hermana que encontramos en nuestra vida. Por esto, elevo mi oración a Dios, a la vez que invoco sobre cada uno y cada comunidad la Bendición del Señor.

Vaticano, 15 de octubre de 2012

BENEDICTO XVI RENUNCIA AL MINISTERIO DE OBISPO DE ROMA

DECLARATIO¹

Queridísimos hermanos,

Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado. Por esto, siendo

¹ Versión castellana del discurso pronunciado en latín el 11 de febrero por S.S. Benedicto XVI dando a conocer su voluntad de renunciar al ministerio de Obispo de Roma quedando así vacante la Sede de San Pedro. Benedicto XVI había sido elegido Papa el 19 de abril de 2005. En el año 2010, en una larga entrevista concedida al periodista alemán Peter Seewald publicada en formato de libro bajo el título de *«La luz del mundo»* él mismo había manifestado que *«Cuando un Papa alcanza la clara conciencia de que ya no es física, mental y espiritualmente capaz de llevar a cabo su encargo, entonces tiene en algunas circunstancias el derecho, y hasta el deber, de dimitir»*

Según el CDC vigente, en el capítulo *«Del romano Pontífice y del Colegio Episcopal»* (c. 332, § 2) se dice: *«A diferencia de la renuncia a los demás oficios dentro de la Iglesia (c. 189 § 1), no se requiere que sea aceptada por nadie por cuanto el Papa 'tiene, en virtud de su función, potestad ordinaria, que es suprema, plena, inmediata y universal en la Iglesia, y que puede siempre ejercer libremente' (c. 331).*

muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos. Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mi respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria.

Vaticano, 10 de febrero 2013.

Benedictus PP XVI

NUEVO ROMANO PONTÍFICE

A las 19.06 del miércoles 13 de marzo, la chimenea de la Capilla Sixtina exhaló el esperado humo blanco anunciando que los miembros del Cónclave habían elegido al nuevo Sucesor de Pedro. A las 20.12 horas, frente a la abigarrada multitud de peregrinos que esperaban en la Plaza de San Pedro con ansia de conocer y aclamar al nuevo Papa, el cardenal protodiácono Jean Louis Tauran apareció en la ventana del aula de las bendiciones para comunicar al mundo, con palabras de ritual, la gozosa noticia:

«Annuntio vobis gaudium magnum; habemus Papam:
Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum,
Dominum Georgium Marium Sanctae Romanae Ecclesiae
Cardinalem Bergoglio
qui sibi nomen imposuit Franciscum»

A continuación intervino Su Santidad para, al final, impartir la *Bendición Urbi et Orbi*:

Hermanos y hermanas, buenas tardes.

Sabéis que el deber del cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos Cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su Obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro Obispo emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.

(Padre nuestro. Ave María. Gloria al Padre).

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi Cardenal Vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa. Y ahora quisiera dar la Bendición, pero antes, antes, os pido un favor: antes que el Obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis para el que Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la Bendición para su Obispo. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí...

Ahora daré la Bendición a vosotros y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

(Bendición).

Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por vuestra acogida. Rezad por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y que descanséis.

Datos biográficos de S.S. Francisco

El hasta ahora Cardenal Jorge Mario Bergoglio nació el 17 de diciembre de 1936 en Buenos Aires, Argentina. Realizó los estudios de química y después entró en el Seminario Villa de Voto el 11 de marzo de 1958 e ingresó en el noviciado de la compañía de Jesús. Completó los estudios en humanidades en Chile en 1963. De vuelta a Buenos Aires obtuvo la Licenciatura en el Colegio Mayor San José.

Entre 1964 y 1965 fue profesor de literatura y filosofía en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y en 1966 enseñó las mismas materias en el Colegio del Salvador de Buenos Aires.

De 1967 a 1970 estudió teología en el mismo Colegio Mayor donde también se licenció. El 13 de diciembre de 1969 fue ordenado sacerdote.

Entre 1970 y 1971 realizó la Tercera Probación en Alcalá de Henares y el 22 de abril de 1973 hizo su profesión perpetua.

Fue maestro de novicios en Villa Barilari, San Miguel, entre 1972 y 1973. También fue profesor en la Facultad de Teología, Consultor de la Provincia y rector del colegio mayor.

El 31 de julio de 1973 fue nombrado Provincial de Argentina, encargo que ejerció durante 6 años.

Entre 1980 y 1986 fue rector del Colegio Máximo y de la Facultad de Filosofía y Teología de la misma Casa de San Miguel, y párroco de la Parroquia del patriarca san José en la diócesis del mismo nombre.

En marzo de 1986 estuvo en Alemania donde concluyó su Tesis Doctoral; entonces sus superiores lo destinaron al Colegio del Salvador, desde donde pasó a la Iglesia de la Compañía en la Ciudad de Córdoba como director espiritual y confesor.

El 20 de mayo de 1992, el beato Juan Pablo II le nombró Obispo Titular de Auca y Auxiliar de Buenos Aires. El 27 de junio del mismo año, recibió en la Catedral de Buenos Aires la ordenación episcopal. Su lema episcopal es «*miserando atque eligendo*».

El 3 de junio de 1997, fue nombrado Arzobispo coadjutor de Buenos Aires y el 28 de febrero de 1998 Arzobispo titular de la diócesis.

Es autor de varios libros entre ellos *Meditaciones para religiosos*, 1982, *Refflexiones sobre la Vida Apostólica*, 1986, *Reflexiones de Esperanza*, 1992 y *Mente abierta, corazón creyente* (Cuatro retiros espirituales), Editorial claretiana, Buenos aires 2012.

El beato Juan Pablo II le creó Cardenal en el Consistorio del 21 de febrero de 2001.

Es el Ordinario para los fieles de rito oriental residentes en Argentina.

Gran Canciller de la Universidad Católica de Argentina.

De noviembre de 2005 a noviembre de 2011 fue Presidente de la Conferencia Episcopal de Argentina. Ha sido Miembro de las Congregaciones para el Culto Divino y la Displina de sacramentos, para el Clero, para los Institutos de Vida Consagrada y la Sociedad de Vida Apostólica. Es también miembro del Pontificio Consejo para la familia. Es miembro de la Pontificia Comisión para América latina.



Franciscus
13 marzo 2013

El escudo de S.S. Francisco

Recientemente se ha dado a conocer el escudo del nuevo romano Pontífice con algunas modificaciones respecto al que se difundió en un primer momento: conserva su escudo de obispo, al que se ha añadido los símbolos de la dignidad pontificia y la mitra colocada entre las llaves de plata y oro, entrelazadas con un cordón rojo. En la parte alta del escudo se encuentra el emblema de la Compañía de Jesús: un sol radiante amarillo con las letras en rojo «IHS» (Jesús, Hombre y Salvador). Sobre la letra H se encuentra una cruz, en punta, y debajo de las letras IHS, siempre dentro del sol radiante, tres clavos en negro.



En la parte baja del escudo, a su derecha, se encuentra una estrella (simboliza a la Virgen María, madre de Cristo y de la Iglesia) de ocho puntas (alude a las 8 bienaventuranzas) y a la izquierda la flor de nardo (simboliza a San José, patrón de la Iglesia Universal). En la tradición española san José es representado con un ramo de nardos en la mano.

El lema de su pontificado es «Miserando atque eligendo» («Lo miró con misericordia y lo eligió») y está tomado de las homilias de san Beda el Venerable, el cual, comentando el evangelio de Mateo, escribió «Vidit ergo Iesus publicanum et quia miserando atque eligendo vidit, ait illi sequere me» («Vio Jesús a un publicano y como le miró con sentimientos de amor lo eligió y le dijo: sígueme»).

AUDIENCIA A TODOS LOS CARDENALES¹

Hermanos Cardenales,

Este periodo dedicado al Cónclave ha estado cargado de significado, no sólo para el Colegio Cardenalicio, sino también para todos los fieles. En estos días hemos sentido casi de manera tangible el afecto y la solidaridad de la Iglesia universal, así como la atención de tantas personas que, aun sin compartir nuestra fe, miran con respeto y admiración a la Iglesia y a la Santa Sede. Desde todos los rincones de la tierra se ha elevado la oración ferviente y unisona del pueblo cristiano por el nuevo Papa; y también ha sido muy emotivo mi primer encuentro con la multitud apiñada en la Plaza de San Pedro. Con la sugestiva imagen del pueblo alegre y en oración todavía grabada en mi mente, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los obispos, sacerdotes y personas consagradas, a los jóvenes, las familias y los ancianos por su cercanía espiritual, tan efusiva y conmovedora.

Siento la necesidad de expresar a todos mi más viva y profunda gratitud, venerados y queridos hermanos Cardenales, por la solícita colaboración en la guía de la Iglesia durante la Sede Vacante. Dirijo un cordial saludo a cada uno, empezando por el Decano del Colegio Cardenalicio, el Señor Cardenal Angelo Sodano, a quien agradezco las expresiones de devoción y felicitación que me ha dirigido en nombre de todos. Y, junto a él, agradezco al Señor Cardenal Tarcisio Bertone, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, su trabajo diligente en esta delicada fase de transición; y también al querido Cardenal Giovanni Battista Re, que nos ha hecho de jefe en el Cónclave. Y pienso con particular afecto en los venerados Cardenales que, por razones de edad o enfermedad, han asegurado su parti-

¹ Reproducimos aquí el discurso del Santo Padre Francisco que tuvo lugar en la Sala Clementina el viernes 15 de marzo.

cipación y su amor a la Iglesia a través del ofrecimiento de las dolencias y la oración. Y quisiera decir que el Cardenal Mejía ha sufrido anteayer un infarto cardiaco: está hospitalizado en la clínica Pío XI. Pero se cree que su salud es estable, y nos ha enviado sus saludos.

No puede faltar mi agradecimiento a quienes, en sus respectivos cometidos, han trabajado activamente en la preparación y desarrollo del Cónclave, favoreciendo la seguridad y tranquilidad de los Cardenales en estos momentos tan importantes de la vida de la Iglesia.

Y pienso con gran afecto y profunda gratitud en mi venerado Predecesor, el Papa Benedicto XVI, que durante estos años de pontificado ha enriquecido y fortalecido a la Iglesia con su magisterio, su bondad, su dirección, su fe, su humildad y su mansedumbre. Seguirán siendo un patrimonio espiritual para todos. El ministerio petrino, vivido con total dedicación, ha tenido en él un intérprete sabio y humilde, con los ojos siempre fijos en Cristo, Cristo resucitado, presente y vivo en la Eucaristía. Le acompañarán siempre nuestras fervientes plegarias, nuestro recuerdo incesante, nuestro imperecedero y afectuoso reconocimiento. Sentimos que Benedicto XVI ha encendido una llama en el fondo de nuestros corazones: ella continuará ardiendo, porque estará alimentada por su oración, que sustentará todavía a la Iglesia en su camino espiritual y misionero.

Queridos hermanos Cardenales, este encuentro nuestro quiere ser casi una prolongación de la intensa comunión eclesial experimentada en estos días. Animados por un profundo sentido de responsabilidad, y apoyados por un gran amor por Cristo y por la Iglesia, hemos rezado juntos, compartiendo fraternalmente nuestros sentimientos, nuestras experiencias y reflexiones. Así, en este clima de gran cordialidad, ha crecido el conocimiento recíproco y la mutua apertura; y esto es bueno, porque somos hermanos. Alguno me decía: los Cardenales son los presbíteros del Santo Padre. Esta comunidad, esta amistad y esta cercanía nos harán bien a todos. Y este conocimiento y esta apertura nos han facilitado la docilidad a la acción del Espíritu Santo. Él, el Paráclito, es el protagonista supremo de toda iniciativa y manifestación de fe. Es curioso. A mí me hace pensar esto: el Paráclito crea todas las diferencias en la Iglesia, y parece que fuera un apóstol de Babel. Pero, por otro lado, es quien mantiene la unidad de estas diferencias, no en la «igualdad», sino en la armonía. Recuerdo aquel

Padre de la Iglesia que lo definía así: «*Ipse harmonia est*». El Paráclito, que da a cada uno carismas diferentes, nos une en esta comunidad de Iglesia, que adora al Padre, al Hijo y a él, el Espíritu Santo.

A partir precisamente del auténtico afecto colegial que une el Colegio Cardenalicio, expreso mi voluntad de servir al Evangelio con renovado amor, ayudando a la Iglesia a ser cada vez más, en Cristo y con Cristo, la vid fecunda del Señor. Impulsados también por la celebración del *Año de la fe*, todos juntos, pastores y fieles, nos esforzaremos por responder fielmente a la misión de siempre: llevar a Jesucristo al hombre, y conducir al hombre al encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, realmente presente en la Iglesia y contemporáneo en cada hombre. Este encuentro lleva a convertirse en hombres nuevos en el misterio de la gracia, suscitando en el alma esa alegría cristiana que es aquel céntuplo que Cristo da a quienes le acogen en su vida.

Como nos ha recordado tantas veces el Papa Benedicto XVI en sus enseñanzas, y al final con ese gesto valeroso y humilde, es Cristo quien guía a la Iglesia por medio de su Espíritu. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, con su fuerza vivificadora y unificadora: de muchos, hace un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo. Nunca nos dejemos vencer por el pesimismo, por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día; no cai-gamos en el pesimismo y el desánimo: tengamos la firme convicción de que, con su aliento poderoso, el Espíritu Santo da a la Iglesia el valor de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, para llevar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. *Hch 1,8*). La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio.

Queridos Hermanos: ¡Ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es – me gusta decirlo así – la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes:

como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida. Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: «*Es ist ruhig, das Alter, und fromm*»; es el tiempo de la tranquilidad y de la plegaria. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes. Ahora volveréis a las respectivas sedes para continuar vuestro ministerio, enriquecidos por la experiencia de estos días, tan llenos de fe y de comunión eclesial. Esta experiencia única e incomparable nos ha permitido comprender en profundidad la belleza de la realidad eclesial, que es un reflejo del fulgor de Cristo resucitado. Un día contemplaremos ese rostro bellissimo de Cristo resucitado.

A la poderosa intercesión de María, nuestra Madre, Madre de la Iglesia, encomiendo mi ministerio y el vuestro. Que cada uno de vosotros, bajo su amparo maternal, camine alegre y con docilidad a la voz de su divino Hijo, fortaleciendo la unidad, perseverando concordemente en la oración y dando testimonio de la fe genuina en la continua presencia del Señor. Con estos sentimientos –que son auténticos–, con estos sentimientos, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que hago extensiva a vuestros colaboradores y cuantos están confiados a vuestro cuidado pastoral.

AUDIENCIA A LOS PERIODISTAS¹

Queridos amigos

Al comienzo de mi ministerio en la Sede de Pedro, me alegra encontrarme con vosotros, que habéis trabajado aquí en Roma en este momento tan intenso, que comenzó con el anuncio sorprendente de mi venerado predecesor, Benedicto XVI, el pasado 11 de febrero. Os saludo cordialmente a todos vosotros.

El papel de los medios de comunicación ha ido creciendo cada vez más en los últimos tiempos, hasta el punto de que se hecho imprescindible para relatar al mundo los acontecimientos de la historia contemporánea. Expreso, pues, un agradecimiento especial a vosotros por vuestro competente servicio durante los días pasados – habéis trabajado ¡eh!, habéis trabajado – en los que el mundo católico, y no sólo el católico, ha puesto sus ojos en la Ciudad Eterna, y particularmente en este territorio cuyo «centro de gravedad» es la tumba de San Pedro. En estas semanas, habéis tenido ocasión de hablar de la Santa Sede, de la Iglesia, de sus ritos y tradiciones, de su fe y, sobre todo, del papel del Papa y de su ministerio.

Doy gracias de corazón especialmente a quienes han sabido observar y presentar estos acontecimientos de la historia de la Iglesia, teniendo en cuenta la justa perspectiva desde la que han de ser leídos, la de la fe. Los acontecimientos de la historia requieren casi siempre una lectura compleja, que a veces puede incluir también la dimensión de la fe. Los acontecimientos eclesiales no son ciertamente más complejos de los políticos o económicos. Pero tienen una característica de fondo peculiar: responden a una lógica que no es principalmente la de las categorías, por así decirlo, mundanas; y precisamente por eso, no son fáciles de interpre-

¹ El sábado 16 de marzo, tuvo lugar en la *Sala Pablo VI* una audiencia con más de cinco mil representantes de los medios de comunicación social (prensa, radio y TV) que en los últimos días llegaron a Roma para cubrir la información sobre el cónclave y la elección del nuevo sucesor de Pedro. Reproducimos aquí la intervención del Santo Padre.

tar y comunicar a un público amplio y diversificado. En efecto, aunque es ciertamente una institución también humana, histórica, con todo lo que ello comporta, la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: es el Pueblo de Dios. El santo Pueblo de Dios que camina hacia el encuentro con Jesucristo. Únicamente desde esta perspectiva se puede dar plenamente razón de lo que hace la Iglesia Católica.

Cristo es el Pastor de la Iglesia, pero su presencia en la historia pasa a través de la libertad de los hombres: uno de ellos es elegido para servir como su Vicario, Sucesor del apóstol Pedro; pero Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro: Cristo. Cristo es el centro. Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin él, ni Pedro ni la Iglesia existirían ni tendrían razón de ser. Como ha repetido tantas veces Benedicto XVI, Cristo está presente y guía a su Iglesia. En todo lo acaecido, el protagonista, en última instancia, es el Espíritu Santo. Él ha inspirado la decisión de Benedicto XVI por el bien de la Iglesia. Él ha orientado en la oración y la elección a los cardenales.

Es importante, queridos amigos, tener debidamente en cuenta este horizonte interpretativo, esta hermenéutica, para enfocar el corazón de los acontecimientos de estos días.

De aquí nace ante todo un renovado y sincero agradecimiento por los esfuerzos de estos días especialmente fatigosos, pero también una invitación a tratar de conocer cada vez mejor la verdadera naturaleza de la Iglesia, y también su caminar por el mundo, con sus virtudes y sus pecados, y conocer las motivaciones espirituales que la guían, y que son las más auténticas para comprenderla. Tened la seguridad de que la Iglesia, por su parte, dedica una gran atención a vuestro precioso cometido; tenéis la capacidad de recoger y expresar las expectativas y exigencias de nuestro tiempo, de ofrecer los elementos para una lectura de la realidad. Vuestro trabajo requiere estudio, sensibilidad y experiencia, como en tantas otras profesiones, pero implica una atención especial respecto a la verdad, la bondad y la belleza; y esto nos hace particularmente cercanos, porque la Iglesia existe precisamente para comunicar esto: la Verdad, la Bondad y la Belleza «en persona». Debería quedar muy claro que todos estamos llamados, no a mostrarnos a nosotros mismos, sino a comunicar esta tríada existencial que conforman la verdad, la bondad y la belleza.

Algunos no sabían por qué el Obispo de Roma ha querido llamarse Francisco. Algunos pensaban en Francisco Javier, en Francisco de Sales, también en Francisco de Asís. Les contaré la historia. Durante las elecciones, tenía al lado al arzobispo emérito de San Pablo, y también prefecto emérito de la Congregación para el clero, el cardenal Claudio Hummes: un gran amigo, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me confortaba. Y cuando los votos subieron a los dos tercios, hubo el acostumbrado aplauso, porque había sido elegido. Y él me abrazó, me besó, y me dijo: «No te olvides de los pobres». Y esta palabra ha entrado aquí: los pobres, los pobres. De inmediato, en relación con los pobres, he pensado en Francisco de Asís. Después he pensado en las guerras, mientras proseguía el escrutinio hasta terminar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así, el nombre ha entrado en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres! Después, algunos hicieron diversos chistes: «Pero tú deberías llamarte Adriano, porque Adriano VI fue el reformador, y hace falta reformar...». Y otro me decía: «No, no, tu nombre debería ser Clemente». «Y ¿por qué?». «Clemente XV: así te vengas de Clemente XIV, que suprimió la Compañía de Jesús». Son bromas... Os quiero mucho. Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho. Y pienso en vuestro trabajo: os deseo que trabajéis con serenidad y con fruto, y que conozcáis cada vez mejor el Evangelio de Jesucristo y la realidad de la Iglesia. Os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María, Estrella de la Evangelización, a la vez que os expreso los mejores deseos para vosotros y vuestras familias, a cada una de vuestras familias, e imparto de corazón a todos mi Bendición.

(En español)

Les dije que les daba de corazón la bendición. Como muchos de ustedes no pertenecen a la Iglesia católica, otros no son creyentes, de corazón doy esta bendición en silencio a cada uno de ustedes, respetando la conciencia de cada uno, pero sabiendo que cada uno de ustedes es hijo de Dios. Que Dios los bendiga.

AUDIENCIA AL CUERPO DIPLOMÁTICO¹

Excelencias,

Señoras y señores:

Agradezco sinceramente a vuestro decano, el Embajador Jean-Claude Michel, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos, y os acojo con gozo en este intercambio de saludos, simple pero intenso al mismo tiempo, que quiere ser idealmente el abrazo del Papa al mundo. En efecto, por vuestro medio encuentro a vuestros pueblos, y así puedo en cierto modo llegar a cada uno de vuestros conciudadanos, con todas sus alegrías, sus dramas, sus esperanzas, sus deseos.

Vuestra numerosa presencia es también un signo de que las relaciones que vuestros países mantienen con la Santa Sede son beneficiosas, son verdaderamente una ocasión de bien para la humanidad. Efectivamente, esto es precisamente lo que preocupa a la Santa Sede: el bien de todo hombre en esta tierra. Y precisamente con esta idea comienza el Obispo de Roma su ministerio, sabiendo que puede contar con la amistad y el afecto de los Países que representáis, y con la certeza de que compartís este propósito. Al mismo tiempo, espero que sea también la ocasión para emprender un camino con los pocos Países que todavía no tienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede, algunos de los cuales —se lo agradezco de corazón— han querido estar presentes en la Misa por el inicio de mi ministerio, o enviado mensajes como gesto de cercanía.

Como sabéis, son varios los motivos por los que elegí mi nombre pensando en Francisco de Asís, una personalidad que es bien conocida más allá de los confines de Italia y de Europa, y también entre quienes no profesan la fe católica. Uno de los primeros es el amor que Francisco tenía por los pobres. ¡Cuántos pobres hay todavía en el mundo! Y ¡cuánto su-

¹ Discurso del Santo Padre Francisco pronunciado en la Sala Regia, el 22 de marzo, durante la audiencia al Cuerpo Diplomático acreditado ante la santa Sede.

frimiento afrontan estas personas! Según el ejemplo de Francisco de Asís, la Iglesia ha tratado siempre de cuidar, proteger en todos los rincones de la Tierra a los que sufren por la indigencia, y creo que en muchos de vuestros Países podéis constatar la generosa obra de aquellos cristianos que se esfuerzan por ayudar a los enfermos, a los huérfanos, a quienes no tienen hogar y a todos los marginados, y que, de este modo, trabajan para construir una sociedad más humana y más justa.

Pero hay otra pobreza. Es la pobreza espiritual de nuestros días, que afecta gravemente también a los Países considerados más ricos. Es lo que mi Predecesor, el querido y venerado Papa Benedicto XVI, llama la «dictadura del relativismo», que deja a cada uno como medida de sí mismo y pone en peligro la convivencia entre los hombres. Llego así a una segunda razón de mi nombre. Francisco de Asís nos dice: Esforzaos en construir la paz. Pero no hay verdadera paz sin verdad. No puede haber verdadera paz si cada uno es la medida de sí mismo, si cada uno puede reclamar siempre y sólo su propio derecho, sin preocuparse al mismo tiempo del bien de los demás, de todos, a partir ya de la naturaleza, que acomuna a todo ser humano en esta tierra.

Uno de los títulos del Obispo de Roma es «Pontífice», es decir, el que construye puentes, con Dios y entre los hombres. Quisiera precisamente que el diálogo entre nosotros ayude a construir puentes entre todos los hombres, de modo que cada uno pueda encontrar en el otro no un enemigo, no un contendiente, sino un hermano para acogerlo y abrazarlo. Además, mis propios orígenes me impulsan a trabajar para construir puentes. En efecto, como sabéis, mi familia es de origen italiano; y por eso está siempre vivo en mí este diálogo entre lugares y culturas distantes entre sí, entre un extremo del mundo y el otro, hoy cada vez más cercanos, interdependientes, necesitados de encontrarse y de crear ámbitos reales de auténtica fraternidad.

En esta tarea es fundamental también el papel de la religión. En efecto, no se pueden construir puentes entre los hombres olvidándose de Dios. Pero también es cierto lo contrario: no se pueden vivir auténticas relaciones con Dios ignorando a los demás. Por eso, es importante intensificar el diálogo entre las distintas religiones, creo que en primer lugar con el Islam, y he apreciado mucho la presencia, durante la Misa de inicio de mi

ministerio, de tantas autoridades civiles y religiosas del mundo islámico. Y también es importante intensificar la relación con los no creyentes, para que nunca prevalezcan las diferencias que separan y laceran, sino que, no obstante la diversidad, predomine el deseo de construir lazos verdaderos de amistad entre todos los pueblos.

La lucha contra la pobreza, tanto material como espiritual; edificar la paz y construir puentes. Son como los puntos de referencia de un camino al cual quisiera invitar a participar a cada uno de los Países que representáis. Pero, si no aprendemos a amar cada vez más a nuestra Tierra, es un camino difícil. También en este punto me ayuda pensar en el nombre de Francisco, que enseña un profundo respeto por toda la creación, la salvaguardia de nuestro medio ambiente, que demasiadas veces no lo usamos para el bien, sino que lo explotamos ávidamente, perjudicándonos unos a otros.

Queridos Embajadores, Señoras y Señores, gracias de nuevo por todo el trabajo que desarrolláis, junto con la Secretaría de Estado, para edificar la paz y construir puentes de amistad y hermandad. Por vuestro medio, quisiera reiterar mi agradecimiento a vuestros Gobiernos por su participación en las celebraciones con motivo de mi elección, con la esperanza de un trabajo común fructífero. Que el Señor Todopoderoso colme de sus dones a cada uno vosotros, a vuestras familias y a los Pueblos que representáis. Muchas gracias.

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS¹

1. Jesús entra en Jerusalén. La muchedumbre de los discípulos lo acompaña festivamente, se extienden los mantos ante él, se habla de los prodigios que ha hecho, se eleva un grito de alabanza: «¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto» (Lc 19,38).

Gentío, fiesta, alabanza, bendición, paz. Se respira un clima de alegría. Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas, sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo. Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma.

Este es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y, así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros. Es una bella escena, llena de luz –la luz del amor de Jesús, de su corazón–, de alegría, de fiesta.

Al comienzo de la Misa, también nosotros la hemos repetido. Hemos agitado nuestras palmas. También nosotros hemos acogido al Señor; también nosotros hemos expresado la alegría de acompañarlo, de saber que nos es cercano, presente en nosotros y en medio de nosotros como un amigo, como un hermano, también como rey, es decir, como faro luminoso de nuestra vida. Jesús es Dios, pero se ha abajado a caminar con nosotros. Es nuestro amigo, nuestro hermano. El que nos ilumina en nuestro camino. Y así lo hemos acogido hoy. Y esta es la primera palabra que quisiera deciros: *alegría*. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo.

¹ Homilía del Santo Padre Francisco celebrada el 24 de marzo en la Plaza de San Pedro coincidiendo, a su vez, con la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.

Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, y ¡hay tantos! Y en este momento viene el enemigo, viene el diablo, tantas veces disfrazado de ángel, e insidiosamente nos dice su palabra. No le escuchéis. Sigamos a Jesús. Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.

2. Segunda palabra: ¿Por qué Jesús entra en Jerusalén? O, tal vez mejor, ¿cómo entra Jesús en Jerusalén? La multitud lo aclama como rey. Y él no se opone, no la hace callar (cf. *Lc* 19,39-40). Pero, ¿qué tipo de rey es Jesús? Mirémoslo: montado en un pollino, no tiene una corte que lo sigue, no está rodeado por un ejército, símbolo de fuerza. Quien lo acoge es gente humilde, sencilla, que tiene el sentido de ver en Jesús algo más; tiene ese sentido de la fe, que dice: Éste es el Salvador. Jesús no entra en la Ciudad Santa para recibir los honores reservados a los reyes de la tierra, a quien tiene poder, a quien domina; entra para ser azotado, insultado y ultrajado, como anuncia Isaías en la Primera Lectura (cf. *Is* 50,6); entra para recibir una corona de espinas, una caña, un manto de púrpura: su realeza será objeto de burla; entra para subir al Calvario cargando un madero. Y, entonces, he aquí la segunda palabra: *cruc*. Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz. Pienso en lo que decía Benedicto XVI a los Cardenales: Vosotros sois príncipes, pero de un rey crucificado. Ese es el trono de Jesús. Jesús toma sobre sí... ¿Por qué la cruz? Porque Jesús toma sobre sí el mal, la suciedad, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros, y lo lava, lo lava con su sangre, con la misericordia, con el amor de Dios. Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los

niños: El sudario no tiene bolsillos. Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, los crímenes contra la vida humana y contra la creación. Y también –cada uno lo sabe y lo conoce– nuestros pecados personales: las faltas de amor y de respeto a Dios, al prójimo y a toda la creación. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.

3. Hoy están en esta plaza tantos jóvenes: desde hace 28 años, el Domingo de Ramos es la Jornada de la Juventud. Y esta es la tercera palabra: *jóvenes*. Queridos jóvenes, os he visto en la procesión cuando entrabais; os imagino haciendo fiesta en torno a Jesús, agitando ramos de olivo; os imagino mientras aclamáis su nombre y expresáis la alegría de estar con él. Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe. Nos traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis bien, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial: es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. Y vosotros no os avergonzáis de su cruz. Más aún, la abrazáis porque habéis comprendido que la verdadera alegría está en el don de sí mismo, en el don de sí, en salir de uno mismo, y en que él ha triunfado sobre el mal con el amor de Dios. Lleváis la cruz peregrina a través de todos los continentes, por las vías del mundo. La lleváis respondiendo a la invitación de Jesús: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (*Mt 28,19*), que es el tema de la *Jornada Mundial de la Juventud* de este año. La lleváis para decir a todos que, en la cruz, Jesús ha derribado el muro de la enemistad, que separa a los hombres y a los pueblos, y ha traído la reconciliación y la paz. Queridos amigos, también yo me pongo en camino con vosotros, desde hoy, sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ahora estamos ya cerca de la próxima etapa de esta gran peregrinación de la cruz de Cristo. Aguardo con alegría el próximo mes de julio, en Río de Janeiro. Os doy cita en aquella gran ciudad de Brasil. Preparaos bien, sobre todo espiritualmente en vuestras

comunidades, para que este encuentro sea un signo de fe para el mundo entero. Los jóvenes deben decir al mundo: Es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús. Tres palabras: alegría, cruz, jóvenes.

Pidamos la intercesión de la Virgen María. Ella nos enseña el gozo del encuentro con Cristo, el amor con el que debemos mirarlo al pie de la cruz, el entusiasmo del corazón joven con el que hemos de seguirlo en esta Semana Santa y durante toda nuestra vida. Que así sea.

SANTA MISA CRISMAL¹

Queridos hermanos y hermanas

Celebro con alegría la primera Misa Crismal como Obispo de Roma. Os saludo a todos con afecto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, que hoy recordáis, como yo, el día de la ordenación. Las Lecturas, también el Salmo, nos hablan de los «Ungidos»: el siervo de Yahvé de Isaías, David y Jesús, nuestro Señor. Los tres tienen en común que la unción que reciben es para ungir al pueblo fiel de Dios al que sirven; su unción es para los pobres, para los cautivos, para los oprimidos... Una imagen muy bella de este «ser para» del santo crisma es la del Salmo 133: «Es como óleo perfumado sobre la cabeza, que se derrama sobre la barba, la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento» (v. 2). La imagen del óleo que se derrama, que desciende por la barba de Aarón hasta la orla de sus vestidos sagrados, es imagen de la unción sacerdotal que, a través del ungido, llega hasta los confines del universo representado mediante las vestiduras

La vestimenta sagrada del sumo sacerdote es rica en simbolismos; uno de ellos, es el de los nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix que adornaban las hombreras del efod, del que proviene nuestra casulla actual, seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro izquierdo (cf. Ex 28,6-14). También en el pectoral estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel (cf. Ex 28,21). Esto significa que el sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón. Al revestirnos con nuestra humilde casulla, puede hacernos bien sentir sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros mártires, que en este tiempo son tantos.

¹ Texto de la homilía pronunciada por el Santo Padre Francisco en la Basílica Vaticana el día de Jueves Santo, 28 de marzo, por la mañana.

De la belleza de lo litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trastos, sino presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado, pasamos ahora a fijarnos en la acción. El óleo precioso que unge la cabeza de Aarón no se queda perfumando su persona sino que se derrama y alcanza «las periferias». El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, para los que están tristes y solos. La unción, queridos hermanos, no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite... y amargo el corazón.

Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «Rece por mí, padre, que tengo este problema...». «Bendígame, padre», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres. Lo que quiero señalar es que siempre tenemos que reavivar la gracia e intuir en toda petición, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales –pero lo son sólo en apariencia– el deseo de nuestra gente de ser ungidos con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos. Intuir y sentir como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroisa cuando tocó el borde de su manto. Ese momento de Jesús, metido en medio de la gente que lo rodeaba por todos lados, encarna toda la belleza de Aarón revestido sacerdotalmente y con el óleo que desciende sobre sus vestidos. Es una belleza oculta que resplandece sólo

para los ojos llenos de fe de la mujer que padecía derrames de sangre. Los mismos discípulos –futuros sacerdotes– todavía no son capaces de ver, no comprenden: en la «periferia existencial» sólo ven la superficialidad de la multitud que aprieta por todos lados hasta sofocarlo (cf. Lc 8,42). El Señor en cambio siente la fuerza de la unción divina en los bordes de su manto

Así hay que salir a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las «periferias» donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas que vamos a encontrar al Señor: los cursos de autoayuda en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, lleva a hacernos pelagianos, a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco –no digo «nada» porque, gracias a Dios, la gente nos roba la unción– se pierde lo mejor de nuestro pueblo, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor «ya tienen su paga», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con «olor a oveja» –esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note–; en vez de ser pastores en medio al propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización; pero si sabemos barrenar su ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes. Es bueno que la realidad misma nos lleve a ir allí donde lo que somos por gracia se muestra claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual donde sólo vale la unción –y no la función– y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquél de quien nos hemos fiado: Jesús.

Queridos fieles, acompañad a vuestros sacerdotes con el afecto y la oración, para que sean siempre Pastores según el corazón de Dios.

Queridos sacerdotes, que Dios Padre renueve en nosotros el Espíritu de Santidad con que hemos sido ungidos, que lo renueve en nuestro corazón de tal manera que la unción llegue a todos, también a las «periferias», allí donde nuestro pueblo fiel más lo espera y valora. Que nuestra gente nos sienta discípulos del Señor, sienta que estamos revestidos con sus nombres, que no busquemos otra identidad; y pueda recibir a través de nuestras palabras y obras ese óleo de alegría que les vino a traer Jesús, el Ungido.

Amén.

SANTA MISA «IN COENA DOMINI»¹

Esto es conmovedor. Jesús que lava a los pies a sus discípulos. Pedro no comprende nada, lo rechaza. Pero Jesús se lo ha explicado. Jesús –Dios– ha hecho esto. Y Él mismo lo explica a los discípulos: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,12-15). Es el ejemplo del Señor: Él es el más importante y lava los pies porque, entre nosotros, el que está más en alto debe estar al servicio de los otros. Y esto es un símbolo, es un signo, ¿no? Lavar los pies es: «yo estoy a tu servicio». Y también nosotros, entre nosotros, no es que debemos lavarnos los pies todos los días los unos a los otros, pero entonces, ¿qué significa? Que debemos ayudarnos, los unos a los otros. A veces estoy enfadado con uno, o con una... pero... olvídale, olvídale, y si te pide un favor, hazlo. Ayudarse unos a otros: esto es lo que Jesús nos enseña y esto es lo que yo hago, y lo hago de corazón, porque es mi deber. Como sacerdote y como obispo debo estar a vuestro servicio. Pero es un deber que viene del corazón: lo amo. Amo esto y amo hacerlo porque el Señor así me lo ha enseñando. Pero también vosotros, ayudadnos: ayudadnos siempre. Los unos a los otros. Y así, ayudándonos, nos haremos bien. Ahora haremos esta ceremonia de lavarnos los pies y pensemos: que cada uno de nosotros piense: «¿Estoy verdaderamente dispuesta o dispuesto a servir, a ayudar al otro?». Pensemos esto, solamente. Y pensemos que este signo es una caricia de Jesús, que Él hace, porque Jesús ha venido precisamente para esto, para servir, para ayudarnos.

1 El Santo Padre quiso celebrar esta Misa de Jueves Santo en el Centro Penitenciario para Menores «Casal del Marmo» de Roma en la tarde del 28 de marzo, aunque tradicionalmente tenía lugar en la Basílica de San Juan de Letrán

VIGILIA PASCUAL¹

Queridos hermanos y hermanas

1. En el Evangelio de esta noche luminosa de la Vigilia Pascual, encontramos primero a las mujeres que van al sepulcro de Jesús, con aromas para ungir su cuerpo (cf. *Lc 24,1-3*). Van para hacer un gesto de compasión, de afecto, de amor; un gesto tradicional hacia un ser querido difunto, como hacemos también nosotros. Habían seguido a Jesús. Lo habían escuchado, se habían sentido comprendidas en su dignidad, y lo habían acompañado hasta el final, en el Calvario y en el momento en que fue bajado de la cruz. Podemos imaginar sus sentimientos cuando van a la tumba: una cierta tristeza, la pena porque Jesús les había dejado, había muerto, su historia había terminado. Ahora se volvía a la vida de antes. Pero en las mujeres permanecía el amor, y es el amor a Jesús lo que les impulsa a ir al sepulcro. Pero, a este punto, sucede algo totalmente inesperado, una vez más, que perturba sus corazones, trastorna sus programas y alterará su vida: ven corrida la piedra del sepulcro, se acercan, y no encuentran el cuerpo del Señor. Esto las deja perplejas, dudosas, llenas de preguntas: «¿Qué es lo que ocurre?», «¿qué sentido tiene todo esto?» (cf. *Lc 24,4*). ¿Acaso no nos pasa así también a nosotros cuando ocurre algo verdaderamente nuevo respecto a lo de todos los días? Nos quedamos parados, no lo entendemos, no sabemos cómo afrontarlo. A menudo, la *novedad* nos da miedo, también la novedad que Dios nos trae, la novedad que Dios nos pide. Somos como los apóstoles del Evangelio: muchas veces preferimos mantener nuestras seguridades, pararnos ante una tumba, pensando en el difunto, que en definitiva sólo vive en el recuerdo de la historia, como los grandes personajes del pasado. Tenemos miedo de las sorpresas de

¹ Homilía del Santo Padre Francisco en la Misa que celebró en la Basílica Vaticana el Sábado Santo 30 de marzo.

Dios. Queridos hermanos y hermanas, en nuestra vida, tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Él nos sorprende siempre. Dios es así.

Hermanos y hermanas, no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

2. Pero volvamos al Evangelio, a las mujeres, y demos un paso hacia adelante. Encuentran la tumba vacía, el cuerpo de Jesús no está allí, algo nuevo ha sucedido, pero todo esto todavía no queda nada claro: suscita interrogantes, causa perplejidad, pero sin ofrecer una respuesta. Y he aquí dos hombres con vestidos resplandecientes, que dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado» (Lc 24,5-6). Lo que era un simple gesto, algo hecho ciertamente por amor – el ir al sepulcro –, ahora se transforma en acontecimiento, en un evento que cambia verdaderamente la vida. Ya nada es como antes, no sólo en la vida de aquellas mujeres, sino también en nuestra vida y en nuestra historia de la humanidad. Jesús no está muerto, ha resucitado, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf. Nm 14,21-28; Dt 5,26, Jos 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro, Jesús es el «hoy» eterno de Dios. Así, la novedad de Dios se presenta ante los ojos de las mujeres, de los discípulos, de todos nosotros: la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje para mí, para ti, querida hermana y querido hermano. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Amor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura..., y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Acepta entonces que Jesús Resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abier-

tos. Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado. Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en él, ten la seguridad de que él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere.

3. Hay un último y simple elemento que quisiera subrayar en el Evangelio de esta luminosa Vigilia Pascual. Las mujeres se encuentran con la novedad de Dios: Jesús ha resucitado, es el Viviente. Pero ante la tumba vacía y los dos hombres con vestidos resplandecientes, su primera reacción es de temor: estaban «con las caras mirando al suelo» –observa san Lucas–, no tenían ni siquiera valor para mirar. Pero al escuchar el anuncio de la Resurrección, la reciben con fe. Y los dos hombres con vestidos resplandecientes introducen un verbo fundamental: Recordad. «Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea... Y recordaron sus palabras» (Lc 24,6.8). Esto es la invitación a *hacer memoria* del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; este recordar con amor la experiencia con el Maestro, es lo que hace que las mujeres superen todo temor y que lleven la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros (cf. Lc 24,9). Hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros, hacer memoria del camino recorrido; y esto abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas.

En esta Noche de luz, invocando la intercesión de la Virgen María, que guardaba todas estas cosas en su corazón (cf. Lc 2,19.51), pidamos al Señor que nos haga partícipes de su resurrección: nos abra a su novedad que transforma, a las sorpresas de Dios, tan bellas; que nos haga hombres y mujeres capaces de hacer memoria de lo que él hace en nuestra historia personal y la del mundo; que nos haga capaces de sentirlo como el Viviente, vivo y actuando en medio de nosotros; que nos enseñe cada día, queridos hermanos y hermanas, a no buscar entre los muertos a Aquel que vive. Amén.

